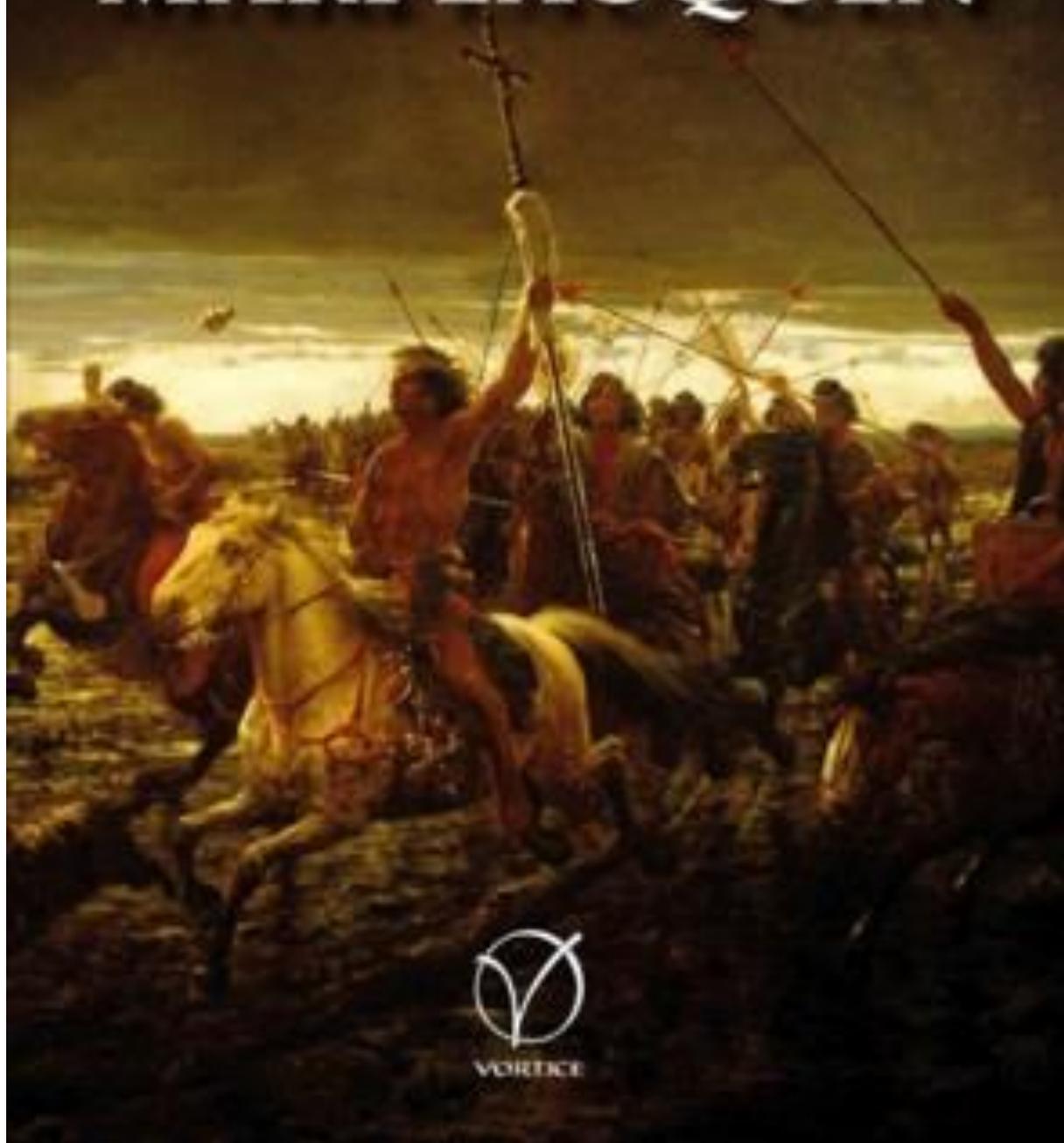


Juan Luis Gallardo

FORTÍN MARI LAUQUEN



JUAN LUIS GALLARDO
FORTÍN MARI LAUQUEN

NOVELA

*A la memoria de Luis F. Gallardo, mi
 padre, que me inculcó su admiración
 por los veteranos que combatieron en
 la Guerra al Malón.*

Contenido

JUSTIFICACIÓN.....	3
Capítulo 1: LUCIO GALVÁN	5
Capítulo 2: FORTÍN MARI LAUQUEN	11
Capítulo 3: VIDA EN LA FRONTERA	20
Capítulo 4: ENTREVERO CAMPO AFUERA	32
Capítulo 5: EL PASADO DE NICOLAI.....	37
Capítulo 6: TRENQUE LAUQUEN	43
Capítulo 8: DE SALINAS GRANDES A TRARÚ LAUQUEN	61
Capítulo 9: COMBATE EN EL SALITRAL	71
Capítulo 10: EN BUENOS AIRES	80
Capítulo 11: LIHUÉ CALEL	87
Capítulo 12: DUELO ENTRE CALDENES	105
EPÍLOGO	122

JUSTIFICACIÓN

Debe reconocerse a los norteamericanos el mérito de haber erigido en epopeya la conquista del Lejano Oeste de su país. A raíz de ello alcanzaron categoría de arquetipo el *cow boy* invencible, el *sheriff* justiciero, el conductor de raudas diligencias, el *blue jean*, el sombrero *Stetson* y, en lugar destacado, el *Winchester* 44,40 y el *Colt* de acción simple. Elementos cuya celebridad se extendió desde Singapur hasta Oslo y desde Pretoria a San Petersburgo, lugares todos donde los chicos simulan desenfundar del mismo modo en que lo vieran hacer desde la pantalla a Gary Cooper, Burt Lancaster o el insuperable John Wayne.

Las luchas de frontera, sostenidas en nuestra tierra desde la época de los españoles hasta después de la expedición del general Roca en 1879, no tuvieron igual fortuna que la conquista del *Far West*, pese a abundar en hechos esforzados referidos al tendido de aquella frágil línea que, a partir del Río Salado, fue avanzando paulatinamente sobre vastas extensiones de titularidad nebulosa, para asegurar su incorporación al territorio nacional.

Porque ocurrió que la literatura se ocupó muy poco de aquella *Conquista de 15.000 Leguas*, como la denominara con acierto Estanislao Zeballos. Aunque no falten los partes militares, los estudios o las crónicas como la ya citada de Zeballos, la de Lucio V. Mansilla o la estupenda del Comandante Prado, no son muchas las creaciones literarias dedicadas al tema. Entre las que cabe citar a las menciones contenidas en el *Martín Fierro*, a la pieza de teatro *Antígona Vélez* de Leopoldo Marechal, al *Último Perro* de Guillermo House, o al *Hombre Olvidado* de Rodolfo Falcioni. En cuanto a cine, me vienen a la memoria sólo la versión filmada del *Último Perro* y *Pampa Bárbara*, dirigida ésta por Lucas Demare - Hugo Fregonese.

Mi propósito consiste, entonces, en contribuir, dentro de mis posibilidades, a difundir esa gesta formidable que tuvo por actores a oficiales emblemáticos como Conrado Villegas, Nicolás Levalle, Lorenzo Wintter o Eduardo Racedo, y a anónimos suboficiales y milicos, que dejaron sus huesos en los combates de una guerra casi desconocida por los argentinos de hoy.

Quiero aclarar por último que ésta no es una novela histórica, pese a lo cual incluye numerosos hechos realmente ocurridos y son auténticos los lugares mencionados en ella, como así también muchas de las circunstancias y personajes incluidos en su argumento.

J.L.G.

Capítulo 1: LUCIO GALVÁN

Superado el mediodía, los rayos implacables de un sol de enero descienden, casi verticales, sobre la espalda ocre del desierto. Que se funde con el cielo en el horizonte lejano, cuya línea desdibujan vagas brillazones.

El grupo de jinetes ha abandonado Trenque Lauquen comenzada la mañana y se dirige hacia el poniente, descontando leguas al trote largo de sus montados.

Se trata de cuatro hombres, a las órdenes de un quinto, Lucio Galván, joven alférez cuyo uniforme de verano contrasta con el de los otros, que conservan a más no poder sus prendas invernales, consistentes en chaquetilla azul y zuavos rojos, que conocieran mejores épocas cuando la Guerra de Crimea. En el caso de dos de ellos, los zuavos han sido reemplazados por chiripás de color indefinido. Algunos llevan botas provistas, otros bota de potro que deja al descubierto los dedos del pie, de consistencia córnea. Todos lucen kepís colorados, sostenidos por barbijos y retrancas sobre los pañuelos *sereneros* o las pelambres indómitas.

Tiene Lucio la piel clara, los ojos grises y las guías del bigote caído le enmarcaban una boca firme. El trazo blanquecino de una fina cicatriz le cruza la ceja izquierda. Estriba con toda la pierna.

De sus compañeros dos son soldados veteranos, custodios de los otros dos, sujetos sin oficio conocido enviados a servir en la frontera por el Juez de Paz del Azul.

Cabalgan todos en silencio, aplastados por el calor de la siesta, seca la boca pues no es cosa de derrochar el agua de las cantimploras, ya tibia después del largo rato transcurrido desde la partida.

Los pensamientos de cada cual se desarrollan como una película monótona, adaptada al ritmo de la marcha. Los de Lucio consisten en un acopio de recuerdos que repasa distraídamente.

Mayor de cinco hermanos, tres mujeres y dos varones incluido él, la de Lucio es una familia de militares, aunque no lo hubiera sido su padre. Por vía materna está emparentado con los Mansilla, de donde le viene el nombre de pila y la tradición federal que distingue a los suyos y que les acarrearía algunos disgustos después de la caída del Restaurador.

Recuerda su infancia y adolescencia, que tuvieron por marco una casa baja de la calle Del Temple, a un par de cuadras del convento de las Catalinas. Con puerta cancel y tres patios, el primero teatro de las reuniones familiares, enhebradas por el ir y venir del mate dulce; el segundo, con aljibe y parra, poblado por los chicos y el personal de servicio; el tercero, donde varios frutales sombreaban el establo destinado a una yunta que tiraba del coche de caballos, el cual entraba y salía por un portón de rejas abierto en el contrafrente. La puerta principal contaba con un zaguán que, doblando apenas a la derecha, permitía llegar a la sala, siempre en penumbras y provista de grandes muebles, por lo general enfundados. Las flores de los jazmines del país, que entoldaban el primer patio, perfumaban la parte delantera de la gran casa. La parte trasera olía a fritanga y al forraje que les ponían a los caballos.

Situaciones gratas e ingratas sugería a Lucio la evocación de aquella casa. Ingratas habían sido las vinculadas con ciertas repugnantes sanguijuelas que le aplicaran con motivo de una enfermedad infantil. Y las de su partida para el primer día de clase en el Nacional Central. Y las referencias de su padre al desfile de las

tropas brasileras por la calle Florida, después de Caseros. Y la muerte algo temprana de aquél, con su entierro en el lejano cementerio del norte y las sucesivas e interminables visitas de pésame, en que señoras revocadas con polvos de arroz lo llenaban de besos que hubiera preferido evitar mediante la fuga.

Sin embargo, claro, tampoco faltan buenos recuerdos, que ahora llegan hasta Lucio en alas del pampero. El día de su Primera Comunión, en la iglesia de San Ignacio; los tazones de chocolate con que se celebraban las fiestas patrias y las torrijas, tibias, que llegaban desde el segundo patio cuando alguien cumplía años; alguna batalla sostenida a cascotazo limpio con los chicos de la otra cuadra, donde los suyos obtuvieran sonada victoria; el paso de Damasita, la vecina de al lado, cuando se dirigía junto con su madre a la misa de doce; el fin de la Guerra del Paraguay, que segara la vida de tantos jóvenes, parientes y amigos de la familia...

La irrupción de su amor por Damasita fue súbita y avasalladora. Hasta ese momento habían mantenido la cordial relación de dos jóvenes que se llevan bien y que, en todo caso, pueden llegar a encontrar algún gusto en tratarse. Pero ocurrió que una tarde de otoño, mientras paseaba distraídamente bajo las casuarinas del Paseo de Julio que, baranda por medio, daba a los toscales de la costa donde las negras lavaban ropa, topó imprevistamente con Damasita. Y el saludo que le dirigió ya no fue espontáneo ni desinteresado. Por el contrario, Lucio sintió con sobresalto que no encontraba las palabras adecuadas para dirigirse a ella y, peor aún, que se le subían los colores a la cara.

No anduvieron juntos mucho más de una cuadra. Pero tan breve trayecto bastó para confirmar los sentimientos que habían estallado en el corazón del muchacho. Esa noche durmió apenas. Y, en consonancia con la agitación que lo embargaba, una fuerte tormenta se abatió sobre Buenos Aires, contribuyendo a mantenerlo en vela. El agua hacía gárgaras en los canalones y, por las rendijas de los postigos, se

colaba hasta su cuarto el reverbero intermitente de los relámpagos. Amanecía cuando pudo conciliar el sueño, enamorado hasta los caracuses.

A partir de entonces, Lucio se consideró novio de Damasita. Aunque ésta no se hubiera enterado de tal circunstancia. Suspiraba por ella, su recuerdo lo distraía en clase y hasta lo llevó a componer una poesía con mejor inspiración que técnica. En procura de una oportunidad para declararle su amor, repetía las incursiones por el Paseo de Julio, confiando en que su buena estrella le deparara otro encuentro con el objeto de sus desvelos.

Incursiones que a nada conducían, ya que parecía que la niña hubiera suprimido definitivamente aquel trayecto de sus itinerarios. Por fin, cierto venturoso mediodía dominical, Lucio se volvió a encontrar con ella cara a cara. Y, resueltamente, se ofreció a acompañarla hasta... hasta el fin del mundo. Conversaron, se sentaron en un banco oportuno y, echando mano a todo su coraje, el muchacho le participó abruptamente su decisión matrimonial. Melindrosa, Damasita no descartó la posibilidad pero tampoco le dio respuesta alguna, proponiéndole que se siguieran viendo cuando y donde pudieran. Contestación ambigua que, sin embargo, colmó de felicidad a Lucio.

No fueron muchas las oportunidades en que llegaron a verse. Alguna vez, de lejos, en la misa de la catedral. O mientras ella se dirigía a una tienda en la calle Florida. O nuevamente en el Paseo de Julio... Pocas ocasiones, por cierto, para confirmar un amor incipiente.

Un amor que aún no se había afianzado cuando otro pretendiente apareció en escena. Rival que, en realidad, se encontraba en mejores condiciones para quedarse con el cariño de la niña. Tratábase de Marcos Gutiérrez, varios años mayor que Lucio, teniente del Ejército de Línea, veterano de la Guerra del Paraguay, su

familia con campo en la zona de Areco. Damasita, que nunca había llegado a dar una respuesta a Lucio, le respondió afirmativamente a Marcos. Anegando a Lucio en la más sombría de las decepciones.

Hasta tal punto resultó afectado que, pese al disgusto de su madre, decidió comenzar él la carrera militar, dejando inconclusos sus estudios y acariciando la esperanza de que una lanza india pusiera fin a su vida desgraciada, en algún combate de la interminable lucha que la nación sostenía contra los salvajes.

El coronel húngaro Juan Czetz, yerno de Prudencio Rosas, recién terminaba de organizar el Colegio Militar, creado por el Presidente Sarmiento. Allí se estudiaban tácticas y reglamentos, capacitándose los alumnos en el manejo de sable y lanza, como así también en el de los flamantes fusiles y carabinas Remington de retrocarga, recién incorporados al equipamiento del Ejército. Por otra parte, los cadetes solían ser enviados al teatro donde se estuviera peleando. Eso le sucedió a Lucio.

Por una alarma de invasión lo pusieron a caballo para, en largas jornadas, llegar hasta Kakel Huincul, bastante más allá del Salado. Pero la alarma resultó injustificada, ya que las buenas relaciones que don Pancho Ramos Mejía sostuviera tiempo atrás con la indiada prolongaban sus efectos apaciguadores en la zona.

Después, revistando aún como cadete, lo mandaron al fortín de la Blanca Grande. Y allí estaba de guarnición cuando la gran ofensiva de Namuncurá –*Pie de Piedra*-, al cual contribuyó a derrotar en las batallas de Horquetas del Sauce y Paragüil, a las órdenes de Maldonado y del ya prestigioso coronel Levalle. Conoció así la dura realidad del combate, la ansiedad previa a los encuentros y el fervor del entrevero, fiado en la docilidad del caballo y en el vigor del brazo. Y supo de la necesidad absoluta de mantener el corazón firme y la mente lúcida durante la

confusión que campea en el campo de batalla. Con motivo de su actuación recibió los despachos de alférez.

La línea de frontera estaba guarnecida por numerosos fortines, a cargo de un oficial y una dotación escasa. Como los oficiales no abundaban después de la sangría que supuso la Guerra del Paraguay, pese a su juventud y a lo bajo de su grado a Lucio se le confió el mando del fortín Mari Lauquen, recientemente construido más allá de la Zanja de Alsina. Y marchaba para hacerse cargo de su puesto, dejando vagar los recuerdos al compás del galope, bajo el son implacable de aquel mediodía de enero.

Capítulo 2: FORTÍN MARI LAUQUEN

Si bien Lucio debería estar disfrutando haber obtenido tempranamente su primer comando, una sensación de desagrado le acompañaba desde que pernoctara en Trenque Lauquen. Porque allí había sabido que Marcos Gutiérrez, capitán antiguo, integraba la Plana Mayor del coronel Villegas. No llegaron a encontrarse, pues el paso de Lucio por la Comandancia fue fugaz. Pero enterarse de la presencia de Gutiérrez no pudo caerle peor.

-Vaya mala suerte venir a coincidir aquí- se dijo malhumorado. –Habiendo tantos destinos en la frontera.

Junto al fortín Jáuregui, el Mari Lauquen constituía, como sabemos, una avanzada respecto a la línea que acompañaba la Zanja de Alsina, conformada en la zona por los siguientes fuertes: Vanguardia, Junineros, Regimiento 3, Nicolet, 2 de Línea y Orellano. En las cercanías de uno de ellos, Lucio y sus hombres habían atravesado la Zanja por un paso destinado a ese fin.

Aún se discutían, tanto en la frontera como en Buenos Aires, las ventajas que ofrecía esa extensa excavación, de más de doscientos kilómetros de largo, tres metros de ancho, dos de profundidad y reforzada su traza por un talud construido con la tierra extraída al construirla. Los encargados de la tarea fueron italianos contratados por el gobierno, vagos y mal entretenidos reclutados a más no poder en la campaña y milicos voluntarios que, mediante ese conchabo suplementario, veían reforzada su paga escasa. Y la discusión obedecía a que, según unos, el enorme esfuerzo que implicó construir la Zanja no parecía traducirse en una dificultad insuperable para el paso de los indios y de la hacienda robada por ellos

en sus incursiones. Porque, estando relativamente alejados entre sí los fortines que la guarnecían, los salvajes se arreglaban para atravesarla matando unas cuantas ovejas, con las que formaban un puente improvisado que les permitía el paso antes de que los soldados llegaran al lugar para impedirlo. En cambio, quienes defendían la idea del ministro Alsina afirmaban que, pese a todo, la Zanja dificultaba efectivamente el pasaje de los malones, en su tránsito de ida y vuelta.

Al repechar una loma divisó Lucio el fortín, a la distancia. Edificado sobre otra loma, a medio kilómetro de una de las lagunas que dieran origen a su nombre (Mari Lauquen significa *Diez Lagunas*) la fortificación se recortaba contra el cielo limpio, más allá del pajonal mecido por la brisa. A medida que el grupo de jinetes se acercaba, la visión del fuerte ganaba en claridad.

El Toro Villegas había dispuesto erigirlo y se trataba de un recinto circular, circundado por una empalizada de palo a pique y un foso. Dentro había tres ranchos techados con junco: uno grande para la tropa, otro que oficiaba de depósito y el tercero destinado al comandante. Como eje del conjunto se alzaba un mangrullo de troncos apenas desbastados, unidos con tiras de cuero crudo, sobre el que ondeaba una bandera desteñida.

Fuera del sector protegido por el foso aparecía un corral y varios ranchos precarios, albergue de mujeres que compartían el destino de algunos soldados, admitida su presencia por el mando militar pues hacía más llevadera la dura vida del milico y por constituir a veces el germen de las poblaciones que, casi espontáneamente, se iban formando a la vera de los fortines. Por cuanto las mujeres recibían su ración de alimentos, igual que la tropa, como contrapartida cocinaban

o lavaban ropa. En caso de ataque indio, ellas y sus hijos se refugiaban tras la empalizada.

También se veía un jagüel al pie de la loma y una suerte de tajamar retenía el agua de lluvia para que bebieran los caballos. Los cuales, vigilados por sendos *imaginarias*, pastaban en las inmediaciones. Caballada despereja pues, mientras los animales destinados al trajín diario eran mancarrones maltrechos, los reservados para pelear lucían en mejor estado.

Una vasta extensión cubierta de cortaderas se extendía entre el fortín y la gran laguna que brillaba más lejos y que también oficiaba de aguada llegado el caso. Próximos a la laguna, había algunos toldos de indios mansos.

Antes de que Lucio y sus compañeros divisaran la silueta del fortín, el centinela encaramado al mangrullo los había visto a ellos. Si no a ellos, sí a la leve polvareda que levantaban sus montados. Pegando enseguida el grito de alerta. Pero, cuando la distancia permitió distinguir el uniforme de quienes se aproximaban, cesó la alarma y dos hombres salieron del fuerte, dirigiéndose al encuentro del grupo.

-Sargento Acosta, mi alférez- se presentó uno de ellos, jinete de un matungo *patrio*, es decir perteneciente al Ejército según lo delataba la falta de media oreja.

-Buenas tardes, sargento- respondió Lucio. -Lléveme adonde está el comandante.

-A la orden, mi alférez. El capitán lo está esperando.

La tarde declinaba y el sol parecía acelerar su descenso en procura del horizonte. Por un puente de tablas, rebatible, el grupo atravesó el foso, superó la empalizada y se halló dentro del perímetro que constituía el fortín. Algunos perros dormían junto a los ranchos. En lo alto del mangrullo el centinela observaba a los recién llegados, echando de vez en cuando una mirada circular que abarcaba los cuatro puntos cardinales.

El capitán era un hombre alto, cuyo rostro curtido revelaba no obstante cierta palidez. Respondió el saludo militar de Lucio y enseguida le tendió la diestra, palmeándole el hombro con la otra:

-Bienvenido, alférez. Aguardaba su llegada.

-Gusto en verlo de nuevo, mi capitán. No sé si recordará que nos conocimos cuando Horquetas del Sauce.

-Claro que me acuerdo y, gracias a ese entrevero, sé que dejo un valiente a cargo del fortín. Mañana, junto con la ceremonia de izar la bandera haremos el traspaso del mando. Ahora vamos a tomar unos mates.

Mientras conversaban amigablemente, se alejaron los dos hombres hacia el austero alojamiento del comandante de la plaza.

Por razones de edad, de antigüedad en el grado y de comportamiento profesional, hacía años que el capitán debía haber sido mayor si no teniente coronel. Pero, como sucedía con frecuencia, su ascenso se había ido demorando

hasta que, enfermo del pulmón, optara por dejar el servicio activo. De manera que motivos tenía para estar disgustado con el Ejército. Pero no era así. Consideraba a la institución como parte de su vida y la tomaba del mismo modo en que se ha de tomar la propia existencia: con naturalidad, según viene y sin hacerse demasiadas preguntas a su respecto.

-A ver soldado si nos confecciona unos mates- ordenó el capitán a un milico. Pero, una vez cumplida la orden, siguió cebando él mismo, pues la charla que mantendría con su sucesor en el mando no debía ser del dominio público.

Por cierto que tomar mate con el capitán no era para Lucio la mejor manera de evitar el contagio. Pero, por un lado, poco sabía de precauciones sanitarias; por otro, jamás le hubiera hecho a su anfitrión el desaire de no aceptar esa cortesía. De modo que fueron varias las cebaduras que consumieron mientras el superior ponía al corriente de la vida del fortín al recién llegado.

Supo así éste que la dotación era de apenas diez hombres, ampliada ahora con los dos que el Juez de Paz del Azul enviara a la frontera. Enseguida pasó el capitán a describir al personal:

-Dos son suboficiales- empezó diciendo. – El sargento Acosta, que usted ya conoce porque salió a recibirlo, y el cabo primero Pérez. Veterano de muchas campañas y buen soldado el primero; ladino y mal llevado el segundo, corajudos los dos. Los soldados son parejos y sólo me detendré en uno de ellos porque se justifica hacerlo. Es extranjero, duro para hablar, de a caballo y bueno con el sable. Dice llamarse Nicolai pero vaya uno a saber cuál es su verdadero nombre. Le dicen El Ruso y capaz que es ruso nomás. Reservado y poco comunicativo, se me hace que tiene una buena educación. Ya se formará usted su propio juicio sobre él.

-Dicen que un caso parecido fue el del finado general Ivanowski.

-Así es. Cuando se engancho ocupó la plaza y tomó el nombre de un milico que había muerto ese día. Y mire hasta dónde llegó.

Pasó luego el capitán a detallar las existencias del fortín, los atrasos crónicos en el pago de sueldos, el estado de la caballada, las últimas noticias sobre movimientos de indios. A este respecto sucedía que, pese a las derrotas infligidas a Namuncurá y a haberse retirado éste de sus toldos en Salinas Grandes, no podía descartarse que recompusiera sus fuerzas con hombres venidos de Chile para permitirle tomarse la revancha. A fin de prevenir tal situación, el coronel Levalle había realizado una batida hasta Salinas Grandes y se proponía realizar otra hasta el Chadí Leufú.

Tal era el estado de ánimo extendido a lo largo de la frontera: certeza de haber castigado duramente al titular de la Federación Araucana, fundada por su difunto padre Calfucurá –*Piedra Azul*-, pero recelosa incertidumbre respecto a los propósitos del jefe indio que, si bien mantenía negociaciones con el gobierno, no podía descartarse que sólo procurara ganar tiempo. Por el momento, partidas inorgánicas de salvajes hacían incursiones súbitas, llevándose hacienda y cautivos. Con motivo de ello y de una posible reorganización de las fuerzas de Namuncurá, el Capitán recomendó a Lucio:

-Insístale al coronel Villegas para que provea al fortín con un par de cañones. Yo los vengo pidiendo desde hace rato pero siempre me vuelvo de la Comandancia con las manos vacías. No es que sean mayormente efectivos contra los indios, pero los cañonazos les meten miedo.

Se enzarzaron luego los dos hombres en la eterna polémica sobre la utilidad de la Zanja, coincidiendo finalmente en que resultaba relativa pero que en algo ayudaba.

-¿Sabe la noticia que corría ayer en Trenque Lauquen? –informó Lucio- Dicen que el ministro anda enfermo, que se ha intoxicado en una visita de inspección que estaba haciendo en Puán.

-Esperemos que no sea grave. Pero, si algo le pasara al doctor Alsina, tengo para mí que el nuevo ministro sería el general Roca, que nunca estuvo de acuerdo con la construcción de la Zanja.

-¿Y cuál es la idea de Roca?

-Él dice que es necesario correrlos a los indios más allá del Río Negro y, si fuera posible, hacerlos cruzar los Andes de vuelta para que haya paz en la Argentina. Pienso que no anda descaminado en su manera de ver las cosas.

-También creo que está en lo cierto.

Al toque de diana la guarnición estuvo en pie, preparándose para la ceremonia que tendría lugar a primera hora. El naciente se teñía de rosa y algunas nubes deshilachadas aparecían de color escarlata. Del mismo color que lucían infinidad de flamencos en la laguna próxima. El aire todavía era fresco y un rocío ligero bordaba en plata las matas de paja brava. Delgadas columnas de humo subían desde los fogones recién encendidos.

Lucio ya estaba a caballo, después de aceptar un par de mates al asistente del capitán. Aspiró a pulmón pleno la leve brisa que, saturada de aromas vegetales, llegaba desde la llanura infinita. Espantó el recuerdo inoportuno de Damasita y se dijo que era aquel un buen momento de su vida.

De una vida que le gustaba, peses a los riesgos y privaciones que suponía. De una vida en comunión con la naturaleza, propicia para forjar un vínculo de camaradería entre hombres embarcados en una empresa cuya legitimidad a nadie se le ocurría poner en tela de juicio, como era la de defender la patria.

¿Qué era la patria para Lucio? Aunque no se hubiera propuesto descubrirlo, intuía que se trataba de un amor tácito, que daba por descontado y que exigía fidelidad. Era la tierra, la sangre y los afectos, el pasado y el futuro, el marco necesario para dar sentido al presente, para albergar la familia y para ejercitar el coraje, para contar con un lugar propio en el ancho mundo.

Fuera del fortín y próxima al tajamar, se había dispuesto una suerte de Plaza de Armas para las ceremonias importantes, provista de un mástil. Allí estaba formada la guarnición, a caballo, en doble fila a cuyos extremos se situaban ambos suboficiales. Más lejos, como espectadores, las mujeres y los chicos. Al frente, Lucio y el capitán, de cara a la tropa. Se adelantó el sargento para presentar la formación. Tras ordenarse *continuar*, un toque de clarín rompió la mañana y, luego de ascender lentamente, ondeó la bandera al tope del mástil.

Ya izado el pabellón, puesto uno frente al otro, el jefe saliente transfirió el mando a su sucesor y, juntos, comenzaron a revistar los efectivos, luego de ordenar Acosta:

-¡Al nuevo comandante del fortín, vista deré...cha!

Ya acomodadas sobre el carguero sus pocas pertenencias, se aprestaba el capitán a partir rumbo a Trenque Lauquen. Insistió Lucio sobre la conveniencia de que llevara alguna escolta, que volvió a rechazar el capitán:

-No hace falta. Después de tantos años de lidiar con los indios les conozco todas las mañas. Difícil que me echen mano.

-Como le parezca... ¿Y qué va a hacer en adelante, mi capitán?

-Ni siquiera sé cuánto me queda de vida muchacho, así que no he hecho muchos planes. Pienso radicarme en Córdoba, porque dicen que será bueno para mi salud. Tengo parientes allá. Dios dirá.

Aunque se había ido haciendo un hombre duro, a Lucio no dejó de emocionarle la digna resignación de aquel veterano que, con toda naturalidad, había consagrado su existencia al servicio del país, pidiendo poco a cambio.

-Quedo a su disposición, mi capitán. Y, si necesita algo en Buenos Aires, diríjase a mi familia con toda confianza.

-Gracias, m'hijo. Y adiós.

Al poco rato, el jinete y sus dos caballos se perdían rumbo al naciente.

Capítulo 3: VIDA EN LA FRONTERA

Con la partida del capitán, empezó para Lucio la experiencia de comandar un precario bastión enclavado en territorio enemigo. Pues hallándose el fortín Mari Lauquen adelantado respecto a la línea que separaba la civilización del desierto, allí se movían con más soltura los salvajes que los cristianos.

Como primera medida resolvió poner presentable el rancho que sería su alojamiento. Hizo baldear el piso de tierra y reparar el techo. Colocó frente a la ventana una mesa derrengada que le serviría para escribir. Con un tablón improvisó una repisa donde alineó los pocos libros que poseía: ordenanzas y reglamentos, un código de Justicia Militar, el Manual de la Lengua Pampa de Rosas, un ejemplar de la Biblia, otro del Quijote y una edición reciente del Martín Fierro, cuya difusión en la campaña obligaría a su autor a continuarlo más tarde, escribiendo en octosílabos la vuelta del gaucho.

Adosado a una pared dispuso su catre de campaña y, tendido sobre él, el poncho que le serviría de cobija. Un baúl de madera con cantoneras de lata contenía su uniforme de invierno y algunas mudas. Contra una esquina, la carabina Remington, que convenía tener a mano aunque no la utilizara mucho, pues prefería valerse del sable y el revólver, provisto recientemente a los oficiales del Ejército.

Y, como entendía necesario mantener a la guarnición activa, para evitar que fuera definitivamente ganada por el abandono y la suciedad, informó que al día siguiente habría revista de equipo. Noticia que causó conmoción y sobresalto.

Mientras adoptaba todas estas providencias, Lucio observaba a sus hombres. Verificó así la buena disposición del sargento Acosta y la reticencia hostil del cabo primero Pérez. La reserva altiva del Ruso Nicolai, a cuyo respecto ignoraba aún si

era ruso y si se llamaba realmente Nicolai. La opuesta actitud de los dos enviados a servir por el Juez de Paz del Azul, resignado uno, masticando rebeldía el otro. Y, si bien no era amigo de hacerse servir, eligió de entre la tropa a un paisanito joven para hacerlo su asistente. Manuel Patiño se llamaba y lo escogió porque tenía expresión despierta y porque estaban parejos en edad. A media tarde montó a caballo y, solo, salió a inspeccionar las inmediaciones.

Se acercó en primer término a los ranchos donde se alojaban las mujeres y los hijos de algunos milicos. Llamó a una de ellas y le preguntó por sus necesidades. Cosa que la llenó de sorpresa porque no estaba acostumbrada a que alguien se interesara por su suerte. Y, vista la suciedad allí reinante, ordenó terminantemente:

-Mañana quiero ver esto limpio y ordenado. No sé cómo pueden vivir en medio de tanta mugre.

Después, costeano el tajamar, se dirigió hacia la laguna. Que daba gusto verla, al caer el sol, festoneada de juncos una de las orillas, ligeramente escarpada la del naciente, claro el espejo de agua, pródigo en patos, gallaretas, garzas y flamencos. Una gran paz presidía el lugar. Paz engañosa, sin duda, ya que no cabía confiar en la apariencia plácida del desierto, pues siempre podía encubrir avanzadas ocultas de la indiada que lo poblaba. Indiada siempre en pie de guerra, salvo los contados casos en que, por una razón u otra, generalmente a raíz de disputas entre tribus, grupos de aborígenes se arrimaban a la civilización para convivir con los *huincas*, recibiendo de éstos protección y víveres. Tal era el caso del corto número de ranqueles cuyos toldos se alzaban próximos a la laguna y que Lucio decidió no visitar por el momento.

Atardecía cuando regresó al fortín.

Aunque el aspecto que presentaba la guarnición al momento de llevarse a cabo la inspección de equipo dejaba mucho que desear, podían advertirse los esfuerzos realizados para emparejar pares de botas, restituir botones a las casacas, reemplazar chiripás por zuavos proveídos, inclinar adecuadamente los kepies sobre la ceja derecha, tusar melenas y recortar bigotes. Lucio se mostraba dispuesto a valorar tales esfuerzos, hacer la vista gorda respecto a detalles menores y recomendar, oportunamente, que se pusieran los medios adecuados para ir mejorando la presentación del personal.

Esas eran las intenciones de Lucio mientras, flanqueado por el sargento Acosta, pasaba revista a su gente. En consonancia con tales intenciones, se dirigía en tono casi paternal a los soldados cuando les advertía:

-A ver si le da más fuerte al cepillo para hacer brillar las botas.

O

-Para la próxima vez se me cose la presilla de la casaca.

O

-Sáquele el óxido a la vaina del sable, soldado.

Tono amigable que no pudo mantener cuando alcanzó el lugar donde estaba el cabo primero Pérez. Quien, seguramente molesto por tener que obedecer a un superior tan joven como Lucio, lejos de haberse esmerado para mejorar su aspecto, parecía haber hecho lo posible por empeorarlo. Sucio a más no poder, enmarañado

el pelo, llena de manchas la casaca, raído el chiripá y cruzado de manera grotesca el sable en el cinto, resultaba evidente su intención de contrariar todo lo establecido en materia de presentación para una revista. Advirtió claramente Lucio el desplante que implicaba aquello pero, conteniéndose, preguntó:

-¿Cómo se ha venido así, cabo primero?

-¿Qué? ¿No le parece bien, mocito?- respondió Pérez, en tono burlón.

La situación se volvió tensa y a Lucio no le cupo ninguna duda en cuanto a que, si pasaba por alto esa insolencia, jamás podría imponer su autoridad en el fortín. De modo que, volviéndose al sargento Acosta le ordenó:

-Desarme a este hombre, lléveselo arrestado y téngalo estaqueado hasta caer el sol. Mañana me lo presenta para revista de equipo.

Con el concurso de dos soldados que hizo salir de formación, Acosta cumplió la orden recibida. Y, rato después, Pérez estaba crucificado en tierra, desnudo el torso bajo el sol abrasador de enero.

Unos golpes discretos en la puerta de su rancho despertaron a Lucio antes de diana. Enseguida pudo escuchar:

-¡Parte para el alférez Galván!

-¡Pase, sargento!- respondió, reconociendo la voz de Acosta.

Entró éste, con expresión de contrariedad y, cuadrándose, informó escuetamente:

-El cabo primero Pérez ha desertado, mi alférez.

-¡Gran siete! ¿Cómo ha sido la cosa?

-Al caer el sol lo liberé de la estaqueada y le indiqué que debía prepararse para presentársele con el equipo completo. Hasta la hora del rancho estaba todavía aquí. Esta mañana lo echamos de menos. Faltan dos caballos. Seguramente aprovechó que la noche estaba muy *oscura*.

-Pues habrá que salir a buscarlo. Prepare una partida de cinco o seis hombres. Entre ellos el mejor rastreador que tengamos.

-¡A la orden, mi alférez!

Apenas amanecido, el grupo dejó el fortín, hizo alto en los toldos próximos y allí Lucio interrogó a un par de indios. Que, como sucedía habitualmente, dijeron no haber visto nada ni saber nada, cosa de no meterse en asuntos entre blancos. Se dirigió entonces al rastreador, solicitándole que estableciera hacia dónde se había dirigido Pérez.

El rastreador y *baqueano* del fortín Mari Lauquen era un mestizo llamado Gabino, hijo de cierto capitanejo y de una cautiva, devuelta a la civilización por una partida que cayera sobre los toldos luego de internarse en el desierto tras un malón de lanceros ranqueles.

-Trate de cortar rastro- le indicó Lucio.

-Déjeme un rato solo, mi Alférez- solicitó el hombre.

Volvió atrás, rodeó el fortín al paso de su montado, mirando el piso y levantando la vista a ratos. Por fin se unió a los demás e informó a Lucio.

-Encontré una huella fresquita, mi alférez. Dos caballos, uno con jinete y otro de tiro. El jinete es un hombre de tamaño regular y *muenta* en pelo. Rodeó la laguna por el otro lado.

-¡Vamos detrás del desertor!- ordenó Lucio.

Más allá de la laguna el rastreador retomó el rastro, que enderezaba decididamente hacia la inmensidad del desierto.

Al trote largo, haciendo alto sólo el tiempo necesario para cambiar caballo o comer unas tiras de charque, la partida avanzó hacia el poniente durante toda la jornada. Y anocheceó cuando Lucio entendió que aquella persecución sería inútil. Pérez les había sacado varias horas de ventaja, quizá muchas, y sabría perfectamente que, en cuanto se advirtiera su ausencia del fortín, saldrían en pos de él. De manera que no se permitiría descanso alguno hasta haberse internado profundamente en territorio dominado por los indios. Lucio prefirió no arriesgar a su gente internándose del mismo modo y dispuso hacer alto.

Aunque no prendieron fuego para no delatar su presencia, dejando dos centinelas apostados se reunió la partida en círculo, para comentar las alternativas de la jornada. Languidecía la conversación cuando el sargento Acosta comentó:

-¿Sabe, mi alférez, que nuestro rastreador es el *mesmo* que halló a los *blancos* del Tres?

Los *blancos del Tres de Fierro* eran famosos en toda la frontera. Había ocurrido que, cuando la revolución de Mitre en 1874, Villegas tuvo activa participación, integrando las fuerzas leales al gobierno, finalmente triunfadoras. Como botín de guerra se permitió a las unidades victoriosas quedarse con la caballada de los vencidos. A raíz de tal franquicia, Villegas eligió para el 3 de Caballería un lote de 600 animales de pelaje claro, tordillos la mayoría y alguno bayo. Ese fue el origen de *Los Blancos de Villegas*, que fueron adquiriendo creciente prestigio y se constituyeron en causa de pavor para la indiada. Hasta que cierta infausta noche, estando acampado el regimiento y encerrados los caballos bajo la custodia de un suboficial y varios milicos, los indios de Pincén se los llevaron en un golpe de mano audaz y afortunado.

-¿Cómo fue eso?- preguntó Lucio al rastreador Gabino.

Era éste poco comunicativo, de modo que empezó respondiendo con evasivas. Sin embargo, instado por Galván y por algunos de los soldados, terminó por largar el rollo.

-Cuando el Coronel Villegas se enteró del robo, quiso hacerlo *ajusilar* al Sargento *encargau* de cuidar la caballada, Carranza de apellido. Pero prefirió darle una oportunidad y le digo le dice: “salga *usté* con una partida y no *güelva* sin los blancos”. La partida que se formó era de cincuenta hombres y estuvo al mando de los mayores Germán Sosa y Rafael Solís. A mí me llevaron aunque no hacía falta mucha *cencia* para seguirle el rastro a tantos caballos juntos. Anduvimos día y noche sin parar, mudando *montau* y comiendo algo sin *apiarse*. Pasamos por

Sanquilcó y a la mañana siguiente divisamos los primeros montes por Loncomay, cerca de aquí. Dispuso el mayor Sosa una descubierta y allá fueron el mayor Solís y el cabo Pardiñas. Que *oservaron* una laguna rodeada de médanos y, en la hondonada, todos los *blancos* y una *cantidá* grande de otros caballos. Algo más retirados, unos cuantos toldos donde los indios festejaban su hazaña, enteramente *chupaus*. Y ahí *jué ande* les devolvimos la *hechuría*. Nos dividimos en dos *colunas*, una cargó sobre los toldos y la otra, a las órdenes del teniente Alba, se encargó de hacerse con los caballos. Así que nos *golvimos* con los nuestros y con los de los indios, que se quedaron de a pie. Cumplimos el encargo del coronel, que lo perdonó la vida al sargento Carranza...

El sobrio relato quedó suspendido en la quietud de la noche y, quizá como premio a los hombres capaces de esas acciones épicas, Lucio sacó de su maleta una botella de ginebra y la hizo circular entre la tropa. Cuyos componentes, animados por los tragos, empezaron a superar la reserva propia del criollo y a relatar otros hechos, que conocían por haber sido sus protagonistas o por versiones de primera mano.

Se habló de alarmas y entreveros, de duelos singulares con jinetes pampas, de persecuciones, heridas, triunfos y derrotas, privaciones y despojos. Fue entonces cuando un soldado veterano comentó, como anticipo de una historia singular:

-A veces uno se lleva sorpresas...

-¿Por qué lo decís?- se interesó otro.

-Y, cosas que pasan.

-¿Como ser?

-Como ser una ocasión, cerca del Fortín Deseado donde estaba de guarnición...

-¿Qué pasó?

-El centinela vio algunos indios que estaban *bombeando* no muy lejos. No se sabía si andaban ellos nomás o si eran la avanzada de una porción más grande. Salimos a buscarlos y pareció que disparaban campo adentro. Pero *resulta* que *golviéron* con unos cuantos más. Y nos agarramos. La orden *jué* ¡a degüello!, cada cual se las entendió con uno o dos indios y terminamos por dominar la situación. Perdimos dos hombres pero de ellos quedaron varios tirados. Los demás se escaparon. Entonces llegó el momento de revisar qué es lo que llevaban encima los muertos...

-No es cosa que me guste, pero no se le puede prohibir al soldado que se busque la vida si cobra mal y nunca- acotó Lucio a media voz.

-En eso estábamos cuando yo doy vuelta a un indio muerto, que había caído boca abajo. Ahí me di cuenta que no era indio. *Clinudo*, sujeto el pelo con una vincha, requemado por el sol... pero era un hombre blanco, que vaya *usté* a saber cómo había ido a dar allí. Le quité las espuelas y *dispué* un tirador con una rastrita de plata que llevaba a la cintura. Y, al retirarle el tirador ¿saben con qué me encontré?...

Hubo un momento de expectación y, luego, el narrador completó su relato.

-*Pué*, aunque parezca raro, debajo del tirador, anudado sobre la piel, aquel hombre llevaba un guante largo, de seda... guante de baile de dama fina parecía...

Dios sabe qué historia habría atrás de ese guante y de ese hombre que había *ganau* el desierto, seguramente por algún desengaño.

-¿Dice que eso le pasó a usted, soldado?- se interesó Lucio.

-Así es, mi alférez.

-Tiene razón ¿qué historia habría detrás de aquel asunto? Una historia triste, seguramente. También la del cabo primero Pérez es una historia triste, si vamos a ver. Que se me hace que también va a terminar mal. Resulta temerario seguir la persecución en pleno desierto. Pero tengo el palpito de que al cabo primero lo vamos a volver a ver. Le caí mal, se sintió humillado por tener que obedecer a un superior mucho más joven que él y se ha quedado con sangre en el ojo... ¿Nadie tiene algún otro sucedido para contarnos?

Gracias a la limeta de ginebra *Llave* las lenguas se habían soltado. Y otro milico aportó lo suyo:

-Lo que es a mí, varias veces me ha *tocau* ver la luz mala...

-¿La luz mala?

-Sí, señores, como los estoy viendo a ustedes *aura*.

-¿Dónde ha sido eso?

-En varios lugares. Entre otros cerca del fortín. Dicen que sale *ande* hay algún *finau*. Y en todos estos parajes no faltan difuntos, indios y milicos.

-¿Y cómo es la luz mala?

-A veces suave, verdecita, a veces como una fogata...corre por el campo o se queda quieta, lo *mesmo* en tiempo de seca que con lluvia. Yo la he visto también en el monte, como una bola de *juego*, rebotando en la copa de los caldenes...

El auditorio se mostró algo escéptico respecto a aquel relato con matices sobrenaturales, cosa que llevó a que uno de los presentes terciara en apoyo del narrador:

-Yo también he visto la luz mala y es como él dice.

A esta altura intervino Lucio y, dirigiéndose a Nicolai, que formaba parte de la partida, quiso saber:

-Y a usted, soldado ¿nunca le pasó nada que valga la pena saber?

Sorprendido por la pregunta, El Ruso pareció dispuesto a contar algo pero, recapacitando, se encerró en su mutismo habitual después de decir:

-No, a mí nunca suceder nada.

Lucio dio por descontado que Nicolai no decía la verdad.

La llegada del nuevo jefe alteró profundamente la rutina en el fortín Mari Lauquen. Convencido de que la inactividad resultaba el peor enemigo de la gente a su cargo, no sólo redobló la instrucción sino que dispuso continuar las tareas de

mantenimiento iniciadas con su arribo. Se profundizó el foso perimetral y se reforzó la empalizada de palo a pique, se repararon techos y se compusieron aperos, se tusó la caballada y, gracias a la habilidad de un milico remendón, varios pares de botas quedaron en mejores condiciones.

Cerca del tajamar una china cuartelera cultivaba su pequeña huerta. Lucio la fue a ver y le preguntó:

-¿Es usted la que cuida esa quintita?

-Sí, señor- respondió la aludida.

-Y, dígame, si le consigo semillas y le doy un par de soldados para que la ayuden ¿no se anima a agrandar la huerta, cosa que la guarnición pueda comer algo más que carne de vez en cuando?

-Cómo no, don. Sería un gusto hacerlo.

El oficial tomó nota mentalmente de tan buena disposición para, en consecuencia, gestionar la obtención de semillas, gajos y esquejes.

También se propuso conseguir cal para blanquear los ranchos. Un ambiente diferente empezó a flotar en el fortín Mari Lauquen.

Capítulo 4: ENTREVERO CAMPO AFUERA

Junto al tajamar, la pequeña huerta se iba transformando en una respetable quinta de verduras, que lindaba con un potrero sembrado de maíz. Gracias a una lechada de cal, mucha sabandija desapareció del interior de los ranchos. Hasta la bandera, desflecada y descolorida, había sido reemplazada por otra, flamante. Y buena parte de eso se había ido logrando en virtud de instrucciones impartidas a las comisiones que, regularmente, visitaban Trenque Lauquen en procura de vituallas. Pues, entre los integrantes de tales comisiones Lucio había incluido ahora a Gabino, el rastreador, quien demostrara habilidad para conseguir elementos difíciles de obtener, gracias a sus buenas relaciones con la proveeduría de la Comandancia. Incluso, en un terreno muy diferente al del mero bienestar material, mediante una nota dirigida al propio Villegas logró el alférez que un capellán se allegara al fortín, bautizando chicos y poniendo en regla algunas uniones irregulares. Poco a poco, los integrantes de la guarnición fueron apreciando las cualidades de Lucio, si bien se cuidaban de demostrarlo. Pero tan buen ambiente no duraría mucho.

Mientras tanto, confirmando presunciones previas, el general Julio Argentino Roca había sucedido al difunto doctor Adolfo Alsina en el cargo de Ministro de la Guerra.

Comenzaba a declinar el verano cuando, cierta tarde, el vigía observó una humareda a lo lejos, tierra adentro. Al rato, otra se levantó hacia el cielo. Y, más tarde, una tercera.

Con seguridad, aquello preludiaba una incursión de lanceros indios que, divididos en grupos, comunicaban su posición entre sí mediante señales de humo. La voz de alerta bajó desde el mangrullo y Lucio dispuso la salida de una patrulla a sus órdenes para verificar qué sucedía. Media guarnición quedó en el fortín, a cargo del sargento Acosta. Los demás, incluidos el rastreador, uno de los recién incorporados y El Ruso Nicolai, pronto estuvieron a caballo y se dirigieron al galope hacia la humareda más próxima, que se alzaba en dirección sur. Lucio había dejado libertad de acción en cuanto a utilizar o no la coraza de cuero con que se había provisto a las tropas de línea pues, aunque protegían al que se la colocara, también entorpecía sus movimientos resultando un estorbo. Todos, en parte por comodidad y en parte respondiendo a un prurito de guapos, prescindieron de la coraza.

Al aproximarse la patrulla, sus hombres pudieron comprobar que quienes habían encendido fuego ya no estaban cerca de la fogata, que aún ardía. De modo que se encaminaron al oeste, a fin de establecer el origen de otra de las humaredas. Fue entonces cuando uno de los milicos alertó a Lucio:

-¡Mi alférez, mire para atrás!

Así observó el oficial que una nube de polvo se desplazaba desde el noroeste, delatando que una cantidad apreciable de jinetes avanzaba en diagonal, seguramente con intención de interponerse entre ellos y el fortín para atacar éste.

-¡Que los tiró!- rugió Lucio. -¡Nos han querido alejar para caer sobre el fuerte!
¡Volvamos atrás! ¡A todo galope!

Volaban los hombres sobre el pajonal. Y también volaba, a lo lejos y algo a la derecha, un conjunto de unos veinte salvajes con intención de asaltar la fortificación que se recortaba en el horizonte.

Pese a que la caballada de los indios era claramente superior a la de los milicos, se arreglaron éstos para interceptar a los incursores mucho antes de que llegaran a las inmediaciones del fortín.

Hacía falta buen ánimo para enfrentar a los lanceros araucanos en cualquier oportunidad. Con más razón cuando, como en ésta y en tantas otras ocasiones, doblaban en cantidad a los soldados. Ahora, al verse descubiertos, los indios prorrumpieron en tremendos alaridos, manejando sus montados a pura rodilla y golpeándose la boca con la mano izquierda, mientras con la derecha blandían la larga lanza de tacuara, rematada por media tijera de esquila que oficiaba de afilada moharra, adornada con un penacho de plumas. Llevaban casi todos el torso desnudo y un breve chiripá, sujeta la melena con una vincha y dos o tres pares de boleadoras atadas a la cintura. Cobrizos, fuertes y de poca estatura, altos los pómulos, lampiños, sus facciones, descompuestas por la excitación de la pelea inminente, metían miedo al más pintado.

Claro que también se necesitaba coraje para enfrentar a los aguerridos veteranos del Ejército Nacional. Pues, como suele ocurrir entre adversarios que viven pendientes unos de otros, en algunos aspectos se semejaban a sus contendientes. Oscurecida la piel por la intemperie, largas las melenas donde el peine entraba a duras penas, descoloridos los uniformes, fruncido el ceño, también gritaban los milicos al entrar en combate. Ora para insultar al enemigo, ora para vaticinarle su pronto fin, ora para vivir a la patria. Lo que sí se diferenciaban en que, por lo general, en vez de lanza preferían el sable para batirse. Era éste pesado, con guardamano y vaina de metal. Que se amordazaba con trapos cuando resultaba

preciso marchar de noche, en silencio absoluto. La carabina Remington, de un tiro, se empleaba preferentemente en los instantes previos al choque, cosa de ralea las filas enemigas antes del entrevero. Por lo tanto, recién sonaron los primeros disparos cuando ambas fuerzas se hallaban separadas por un par de centenares de metros.

Momento en el cual, para sorpresa de los milicos, también sonaron tiros del lado de los indios. Pues, a esta altura de la guerra de frontera –fines de la década de 1870- ya los indios contaban con algunos fusiles, provistos por comerciantes chilenos a cambio de hacienda robada en la Argentina. De todos modos, nunca llegaron los salvajes a manejar bien las armas de fuego. Motivo por el cual, en este caso, sus tiros no causaron víctimas. En cambio, a raíz de los disparados por la gente de Lucio, cayeron tres araucanos.

El encuentro resultó tremendo. Entre los alaridos de los combatientes, el relincho de los caballos y el entrechocar de aceros, indios y milicos se mezclaron en medio de una polvareda que lo cubría todo. El olor de la pólvora, la sangre y el sudor de hombres y bestias saturó el ambiente. Y pronto, según sucedía habitualmente, la lucha entre las dos fuerzas enfrentadas se transformó en una serie de duelos sostenidos entre dos o tres contendientes.

Lucio vació el tambor de su revólver, dejando fuera de combate a un par de adversarios. Y, sin oportunidad para volver a cargarlo, desenvainó el sable y se trenzó con otro, que le erró un lanzazo al cruzarse ambos en toda la furia. Hizo girar el montado para volver a enfrentarlo, cuando se situó a su espalda un tercer jinete que se dispuso a atravesarlo con su chuza. Escena que fue advertida por Nicolai quien, profiriendo una interjección incomprensible, se lanzó sobre el nuevo atacante descargando sobre él un sablazo formidable. Fue recién al caer el herido que Lucio y El Ruso advirtieron que se trataba del cabo primero Pérez.

Ante el empuje de los soldados y muerto Pérez, que les inspirara la idea de atacar el fortín, vacilaron los indios. Y, derribado otro de ellos, optaron por volver grupas y emprender la huída, adentrándose en el desierto.

Descartada la persecución por estar cansados los caballos, con tres heridos y dos muertos a costas regresó la patrulla al fortín, después de aliviar de algunas pertenencias el cadáver de los enemigos muertos. Que quedaron en el campo para servir de pasto a pumas, zorros y caranchos.

Los heridos fueron puestos en manos de una de las mujeres agregadas a la guarnición, una vieja conocida por Ña Cleta, conocedora de las cualidades medicinales de mil yuyos silvestres. Muchos habían sido los milicos que llegaron a recuperar la salud gracias a su ciencia y experiencia.

En cuanto a los muertos, al caer la tarde se los depositó, envueltos en sus ponchos, en las fosas recién abiertas en un pequeño descampado que oficiaba de cementerio, según lo atestiguaban varias cruces que allí se alzaban. Pensó Lucio dirigir una breve arenga a la tropa formada pero, finalmente, prefirió recitar en alta voz un Padrenuestro, al que se sumaron aquellos soldados que sabían rezar. Como despedida, el conmovedor toque de silencio subió en el ocaso.

Vuelto a su alojamiento, indicó Lucio a Manuel Patiño, su asistente, que lo trajera a Nicolai.

Capítulo 5: EL PASADO DE NICOLAI

Se cuadró El Ruso frente a su jefe, haciendo sonar los tacos de sus botas bien lustradas y llevándose la mano derecha a la visera del kepi en un perfecto saludo militar.

Era un hombre robusto, cuarentón, de estatura mediana, rubicundo. No usaba bigote pero sí una barba corta, amarillenta como el pelo pajizo. Y tenía los ojos de un celeste claro, transparente.

-Permiso, mi alférez- dijo con áspero acento.

-Buenas tardes, soldado- respondió Lucio. –Siéntese y póngase cómodo- agregó mostrando una silla junto a la mesa que los separaba. Enseguida echó ginebra en un vaso que puso frente a Nicolai. –Salud.

Sin hacerse rogar, El Ruso despachó el vaso de un solo trago y lo dejó sobre la mesa.

-Estoy en deuda con usted- siguió diciendo Lucio. –Le debo la vida.

-Usted *habería* hecho lo mismo por mí, mi alférez.

-Seguramente. Pero por ahora el deudor soy yo. Y me gustaría saber algo más de usted. Es mi obligación conocer a mis hombres. Pero, además, aunque usted trate de disimularlo, se nota que es una persona preparada y me llama la atención que haya venido a parar aquí. En cuanto a su nacionalidad, si no es indiscreción, verdaderamente ¿es ruso?

-Sí, mi alférez. Me dicen Ruso y soy ruso. Me dicen Nicolai y soy Nicolai. Pero mi *apillido* es cosa mía nomás.

Puesta otra copa frente a él, volvió a beberla de un trago. E imaginó Lucio que la hubiera tirado para atrás, por sobre el hombro, al modo como se hacía en su país, si no fuera porque en los fortines escaseaba la vajilla.

-¿Es verdad que hizo la Guerra del Paraguay?

-Sí, mi alférez. Hasta Curupaytí.

-¿Sólo hasta Curupaytí?

-Sólo. Luego hubo *uno* problema.

Consumida la tercera copa con la misma velocidad que la primera, la lengua de Nicolai se fue soltando. Además, un vínculo cordial se había establecido entre ambos interlocutores, diluyendo las distancias establecidas por la diferencia jerárquica que los separaba. Lucio, por otra parte, no podía dejar de advertir que estaba ante un guerrero curtido en mil combates, sin descartar que, quizá, también se tratara de un oficial. De un oficial que bien podía haber ostentado un grado muy superior al suyo.

-Antes de alistarse para ir al Paraguay ¿ya era usted militar?

-Sí, mi alférez.

-¿De carrera?

-Sí, mi alférez.

-¿Oficial?

-Suboficial.

-¿Cosaco?

-Cosaco.

Prefirió Lucio no seguir preguntando, no fuera a parecer que aquello era un interrogatorio. Pero, a la quinta copa, fue el propio Nicolai quien, acogiéndose al clima de confianza que se había instalado en aquel despojado recinto cuartelero, se decidió a contar su historia. Historia que se vinculaba con la vida aventurera de un militar argentino a quien la mano del destino depositara en Rusia tras múltiples avatares.

Esta es la historia relatada por Nicolai:

Benigno Villanueva fue un oficial porteño, de caballería, que participó del sitio de Montevideo en tiempo de Rosas y se pasó allí a los unitarios, incorporándose luego al ejército del General Paz. Pero, por una cuestión de polleras, mató a otro oficial en un duelo sostenido junto al paredón de la iglesia de La Merced, en Buenos Aires. Huyó del país por tal motivo y, en Brasil, fue contratado por el General López de Santa Ana para pelear en Méjico contra los norteamericanos. Concluida la guerra se dedicó a los negocios en California, haciéndose rico. Sin embargo, militar al fin, a las órdenes del General Prim combatió por España en la llamada Guerra de Oriente. Y tomó parte más tarde en la de Crimea, del lado de los rusos. Lo hizo en un regimiento de cosacos, con el

grado de teniente coronel. Y, consumado jinete, adiestró a sus hombres en el criollo uso del lazo, enseñándoles a enlazar cañones enemigos y llevárselos a la rastra, habilidad que reportó gran prestigio a la unidad de la cual formaba parte, al mando del Gran Duque Ponnekine que la costeaba de su bolsillo. Muerto el Gran Duque, Villanueva se casó con su viuda, transformándose así en titular de aquel regimiento bajo el nombre de general Villanocoff, participando de varias campañas con el ejército imperial.

-Yo formaba parte del regimiento del general Villanocoff- concluyó Nicolai.

-¿Y cómo era el general?

- Lindo hombre, grandote, alto, jinete *mucho bueno*. Él tomarme aprecio y hablarme de la Argentina, país suyo que no había olvidado.

-¿Y cómo le dio a usted por venirse?

-Por las cosas que *decía* el general. Pensé que sería gran país, donde estaba todo por hacer. Se me metió en cabeza la idea de venir. Y más de una vez se lo dije al general. Que me animó a hacer viaje. Me animó y me lo pagó porque era hombre muy rico y a veces hacía esas cosas.

El candil de sebo que estaba sobre la mesa empezó a humear. Le acomodó Lucio el trapo que hacía de mecha y, con la mirada, invitó al Ruso a proseguir su historia.

-Llegué poco antes de la Guerra Grande y me alisté como soldado en el *Equército Argentino*. *Pelié* en Estero Bellaco, en Tuyutí y en Curupaytí. Curupaytí fue *enorme locura*, se lo dije a gritos a capitán brasilero que, después de la batalla,

pidió sanción para mí. Y, por dar satisfacción a los aliados brasileros, a mí me separaron de *Equército* Argentino. Pero, una vez terminada guerra, me enganché de nuevo en Buenos Aires, con *apillido* de mi madre. Fui a dar a 3 de Fierro y estoy en este fortín desde que Villegas mandó hacerlo.

-¡Vaya historia, amigo! ¿Y tiene usted familia?

-Familia, lo que se dice familia, en Rusia quedó un hermano y algunos primos. Hace mucho que no sé de ellos. Y acá, como *usté* sabrá, ando con una mujer. Mujer buena, criolla, limpia. Le estoy enseñando algunas cosas.

-¿Y por qué no se casa, hombre? Ya es hora de que empiece a llevar una vida más tranquila.

-¿Y con qué quiere que mantenga familia, mi alférez. Un milico no gana nada y, para *más pior*, nunca le pagan...

-Ya veré qué se puede hacer. Usted debería ser coronel pero sólo lo puedo proponer para cabo. Por algo hay que empezar...

-Hojalá *haiga* suerte. Es *verdá* que sería bueno empezar a vivir vida más tranquila. ¿Pero qué puede hacer fuera de *equército* un hombre que sólo sabe *peliar*? Y ahora, perdone la *impertiniencia* mi alférez ¿cómo llegó *usté* a fortín Mari Lauquen?

-Es una historia más corta que la suya. Que empezó porque una mujer prefirió a otro antes que a mí. Pero de eso hace ya bastante tiempo.

-Perdón, mi alférez ¿y *usté* todavía *quierer* a esa mujer?

-No pregunte tanto, Nicolai... Y ahora me doy cuenta de que se ha hecho tarde. Es hora de dormir.

-Una última pregunta, mi alférez. Si el cabo primero Pérez quería vengarse de *usted* ¿por qué trató de hacerlo salir del fortín antes de atacarlo?

-Buena pregunta. Creo que, en primer lugar, quiso humillarme haciendo estragos en el fortín a mi mando. Y, además, sabía que yo volvería y entonces nos veríamos las caras.

-Si, así *podieron* ser las cosas.

- Bueno, a dormir.

Los dos hombres se pusieron de pie. Lucio sin dificultad, pues había tomado con moderación. Tampoco Nicolai tuvo inconveniente alguno para enderezarse pese a que, literalmente, había bebido como un cosaco.

Capítulo 6: TRENQUE LAUQUEN

Gestionar el ascenso de Nicolai y la provisión de un par de cañones, con sus correspondientes municiones, determinó que Lucio resolviera trasladarse a Trenque Lauquen. Se hizo acompañar por dos hombres: Manuel Patiño y el rastreador Gabino, que se encargarían de obtener *los vicios* para aprovisionar el fortín. A fin de transportar esa carga, tanto Manuel como Gabino iban con caballo de tiro.

Montaba Lucio su pingo favorito, un bayo *encerado*, cabos negros, que bien podía haberse contado entre los *blancos* de Villegas. Animal de poca alzada, era enérgico y aguantador, de buena rienda, con el inapreciable agregado de mantenerse tranquilo en medio del combate.

Parte del trayecto lo hicieron por una de las rastrilladas que confluían en el *Camino de los Chilenos*, aquella ruta señalada en el desierto por la huella de miles de cascos y pezuñas, correspondientes a los arreos hacia el sur de las haciendas cobradas por la indiada en sus incursiones depredadoras. El suelo que pisaban Lucio y sus hombres aparecía compacto, durísimo, y, a los costados de la ancha trocha, se veían algunas osamentas resacas de vacas, caballos y ovejas que no habían resistido el prolongado arreo.

Atravesada la Zanja de Alsina, enderezaron directamente hacia Trenque Lauquen, a campo traviesa.

Fundada en abril de 1876 por Villegas, para asiento de su Comandancia, la población se encuentra cercana a una laguna del mismo nombre que, en araucano, significa *Laguna Redonda*. Aunque no sea redonda. Un año después, El Toro se dirigía al Inspector y Comandante General de Armas, informando lo siguiente:

En el campamento de Trenquelauchen se ha delineado un pueblo, el que tiene una plaza de 100 metros por frente, atravesada por cuatro calles con sauces (en número de 700), estando a más sembrada de alfalfa; en el centro se está levantando un reducto de 24 metros de diámetro que servirá para colocar un cañón para la defensa del pueblo; éste tiene hasta ahora 14 manzanas de 100 metros por costado, divididas en cuatro solares de 50 por 50, con calles de treinta metros de ancho; todas las manzanas están cercadas con pared de césped de 1 ½ de alto, los sitios particulares y 2 metros las cuadras de los cuarteles del Regimiento 3 de Caballería y Batallón 2 de Infantería de Línea; en los sitios particulares hay una casa de techo de zinc y se están construyendo tres más, todas pertenecientes al comercio, con un frente que varía entre 15 y 20 metros, dos de estas con frente a la plaza y la otra una cuadra al O. Además la proveeduría construye un galpón de 18 metros de largo por 6 de ancho; en los sitios pertenecientes a los Jefes, Oficiales y Tropa hay 4 casas con techo de paja y se están haciendo 13 habitaciones más; todos estos sitios están sembrados con verduras de todas clases, teniendo además sauces que junto con los de la plaza y calles hacen un total de 3000 plantas en el pueblo.

El Regimiento 3 y el Batallón 2 tienen cada uno una quinta de 230 metros por costado, sembrada de maíz, zapallos, papas, coles, porotos, melones y sandías, de lo que se le reparte diariamente ración a la tropa; estas quintas están rodeadas de tapiales de césped de 1 metro de alto.

Hay dos grandes corrales zanjeados, uno de 300 metros de largo por 150 de ancho y otro de 150 por costado, a más de uno de 25 por 20, con pared de césped, para ovejas (...) En la parte S.E del Campamento y a 500 metros de la Plaza, en el médano más alto, hay un mangrullo hecho con palmas, de 7 metros de alto sobre el nivel del médano, con una plataforma de madera donde se coloca un centinela;

(...) por el costado de este mangrullo pasa un camino que trae la dirección S. O. y toma al N. E. Este camino viene de Salinas Grandes y se comunica con los que pasan al Sur y Norte de esta Provincia y con los Ranqueles (...)

El 10 de Mayo fueron delineados 64 ranchos provisorios para los efectivos del Regimiento 3 de Caballería y otros 48 para el Batallón 2 de Infantería el día 11. Para tal fin se utilizaron las manzanas situadas al N.O. y S.E. de la Plaza. La Comandancia se ubicó en la del S.O. y la capilla y la escuela en la del N.E.

Las manzanas reservadas para los pobladores civiles se dividieron en cuatro partes el 28 de Mayo, y el día 30 las unidades militares se trasladaron del Campamento al pueblo recientemente trazado.

Esta era la planta del poblado al cual se acercaban Lucio y sus acompañantes, que galopaban por aquel camino que pasaba junto al mangrullo y que conducía a los Ranqueles. Gran parte del proyecto inicial se había cumplido y parte estaba en vías de llevarse a cabo, gracias a la visión y al afán de progreso del gobierno y de los jefes militares destacados en la frontera. Y gracias también al esfuerzo de tantos soldados que, por exigencia de las circunstancias, habían cambiado, transitoriamente, la lanza y el sable por la pala y la cuchara de albañil.

Empezaba a anochecer cuando el pequeño grupo que venía del fortín Mari Lauquen embocó la avenida que daba acceso a la Comandancia. Desmesuradamente ancha pues Villegas tenía dispuesto que, cuando el 3 de Fierro saliera de Trenque Lauquen, lo hiciera formado de 17 en fondo.

Sin conformar una línea continua, las recientes edificaciones se agrupaban a uno y otro lado de la calle, donde el verde tierno de pequeños sauces ponía un toque de color que alegraba el monótono conjunto. Se encaminaron luego los recién llegados al alojamiento de su regimiento, donde Lucio obtuvo albergue y lugar para soltar los caballos. Realizado lo cual marchó a la Comandancia de la División para gestionar una entrevista con el Toro.

Desde que resolviera viajar a Trenque Lauquen le molestaba a Lucio la posibilidad de topar con Gutiérrez, cosa sumamente probable revistando éste en la Plana Mayor de Villegas. Tuvo la fortuna, no obstante, de que tal encuentro no se produjera y de que le fijaran la reunión para el día siguiente, a primera hora. Incluso con la posibilidad de realizarla inmediatamente, si el motivo fuera urgente. Como no lo era, el alférez aceptó la hora propuesta.

Cumplido el trámite, caminó hasta el boliche del vasco Aristegui, para tomar una copa y comer algo.

Era el vasco uno de aquellos españoles laboriosos que fueron acompañando el avance de la frontera, para instalar sus negocios en las incipientes poblaciones que iban surgiendo en los territorios así incorporados a la nación. Negocios éstos que, por lo general, consistían en almacenes de Ramos Generales con despacho de bebidas anexo donde, a veces, se ofrecía cama y comida al viajero fatigado.

Se acodó Lucio en el mostrador, protegido éste por una reja destinada a desalentar parroquianos pendencieros, y pidió una caña de durazno, pues sabía que la que allí despachaban venía de Mendoza y era de excelente calidad.

Aunque Aristegui hablaba poco, como buen vasco, al encontrarse con una cara nueva no perdió oportunidad para proveerse de noticias. Dirigiéndose a Lucio con mención de su grado, ya que habitando una ciudad nacida bajo un sino castrense sabía distinguir a primera vista los grados militares.

-¿De dónde viene, alférez?

-Del fortín Mari Lauquen.

-¿Cómo andan las cosas por allí?

-Tranquilas nomás ¿y acá?

-Hay bastante movimiento. Parece que el general Roca piensa hacerle una entrada grande a los indios. Y una de las columnas saldría de Trenque Lauquen.

-¡Caray! Esa sí que es una novedad. ¿Y el coronel Villegas?

-Unos dicen que estará al frente de la columna que saldrá de aquí, otros piensan que será Jefe del Estado Mayor de Roca. Y le digo algo más. Al coronel Levalle le habrían encargado despejar el camino de la expedición, haciendo otra batida campo afuera.

-Pues usted sabe mejor que yo lo que sucede en el Ejército.

- Es mucha la gente que pasa por este negocio. Y uno se va enterando...

-Muy bien. ¿Qué tiene para comer? Ya hace meses que estoy a charque, ñandú y carne de yegua.

-Tengo una carbonada que está muy buena.

-Lléveme un plato y una jarra de vino a esa mesa.

El despacho de Villegas era amplio y sobrio. Blanqueado a la cal, con piso de ladrillo y techo sustentado por vigas de palma, la heterogeneidad del mobiliario escaso delataba haber sido extraído de variadas dependencias gubernamentales: un digno escritorio, tres sillas de diferente hechura, dos mapas y el escudo nacional bordado sobre fondo de seda en un marco de estilo francés. Dentro de un armario con puertas de vidrio se amontonaban expedientes que parecían tener poco movimiento.

Villegas estaba sentado tras su escritorio, sin papeles delante suyo. Cuando se puso de pie quedó en claro que era de estatura mediana y ancho de hombros. Tenía le frente despejada, no le sobraba pelo y llevaba el bigote caído. La cortesía de pararse al entrar su subordinado compensó recibirlo en mangas de camisa. Los puños de ésta, levantados, permitían advertir que los brazos estaban cubiertos de cicatrices.

-Disculpe que lo reciba así, alférez. Pero me había sacado la chaquetilla para estar más cómodo. Todavía hace calor.

-Faltaba más, mi coronel- respondió Lucio después de hacer el saludo militar.

-Siéntese. Y dígame qué lo trae por aquí.

-Quisiera hacerle dos pedidos, mi coronel.

-Diga nomás.

-El primero es ver si me podría proveer dos cañones con su munición. No es que sean muy efectivos pero asustan a los indios.

-Es *verdá*. Pero ya no le van a hacer falta.

-¿Por qué lo dice, mi coronel?

-Porque muy pronto a los indios los correremos hasta el Río Negro y no habrá mayor peligro en el fortín a su cargo.

-¿Y cuando será eso?

-Seguramente el año próximo saldrán varias divisiones desde distintos puntos del país para limpiar el desierto. Tal vez una salga de aquí. Y ahora que menciono el asunto, le diré que el coronel Levalle se adelantará a esas divisiones para despejar el camino. Sería bueno que usted lo acompañara, porque aprenderá mucho a las órdenes de ese jefe y, además, le vendrá bien conocer la zona por donde van a andar. Llegarán hasta el Chadí Leufú.

-Usted manda, mi coronel. Y la verdad es que me gustaría cumplir esa misión.

-Voy a tomar las medidas necesarias para que así sea... Pero me dijo que venía con dos pedidos: ¿cuál es el otro?

Aquí Lucio se demoró explicando quién era Nicolai, el singular milico de cuya historia se había enterado hacía poco. Terminó diciendo:

-Es un hombre con condiciones muy superiores a las de un soldado raso. Ha combatido en varias partes del mundo, es sufrido, discreto y valiente. Por eso me atrevo a pedirle un ascenso para él. Aunque haya que saltar algún paso, tal vez se podría encontrar la vuelta para hacerlo cabo primero por lo menos. Además, se me hace que así podría pensar en formar una familia...

Después de convidar, Villegas prendió un cigarro y se quedó mirando el techo. Por fin dijo:

-No será fácil conseguir las tiras para ese hombre... Pero veré qué se puede hacer.

Al salir de la Comandancia, lo visto confirmó a Lucio que la escuela francesa estaba haciendo camino en las filas militares. Pues, en efecto, el kepí echado hacia delante e inclinado sobre la ceja derecha, como así también los bigotes con las puntas levantadas, estaban reemplazando al kepí tirado para atrás y a los bigotes con las puntas caídas que caracterizaran hasta poco antes a los hombres del Ejército criollo. Villegas, sin embargo, seguía fiel al viejo estilo.

Capítulo 7

ENCUENTRO INESPERADO

Cumplidos los objetivos de su viaje, Lucio se dedicó a verificar cómo se las estaban arreglando sus soldados para cumplir los suyos. Dado que unas semillas

que les había encargado conseguir quizá vendrían en la diligencia que debía llegar a mediodía, para matar el tiempo se encaminó a la posta, con intención de asistir a su arribo. Arribo que siempre constituía un acontecimiento en los poblados que el sufrido carruaje vinculaba con la civilización.

La posta se hallaba en las orillas del ejido y constaba de un rancho con jagüel y corral, lindero al potrero donde debían reponerse los caballos que tiraban de la diligencia, aunque apenas si tenía unas pocas matas de pasto. Bajo el alero del rancho se habían juntado unas cuantas personas que miraban hacia el Noreste, esperando ver la polvareda que anunciaba la aproximación del coche. Lucio se sumó a ellas.

No pasó mucho tiempo hasta que, efectivamente, apareció a lo lejos una nube de polvo que fue aumentando de tamaño paulatinamente. Se agitó la gente, se movilizó el personal de la posta y, al rato, el conjunto formado por el carromato y los caballos que lo arrastraban estuvo al alcance de la vista. Aproximación que permitió distinguir al abundante equipaje estibado en el techo, al conductor sentado en el pescante, a un soldado armado con carabina que viajaba a su lado y a los postillones que montaban doce de los catorce mancarrones, ya que dos estaban uncidos a la lanza y los demás formaban yuntas que tiraban a la cincha. El ruido producido por el vehículo y los animales, unido a los gritos de los postillones y al restallar del látigo que empuñaba el conductor agregaba animación a la escena.

Detenida la diligencia, los pasajeros se fueron apeando. Por lo pronto, eran muchos más de los que podía suponerse que pudiera albergar aquélla. Venían cubiertos de tierra, que enlutaba la órbita de los ojos irritados y formaba un manto ceniciento en los sectores que no habían sido protegidos por pañuelos y sombreros. Entre los viajeros se contaba un personaje extravagante, vestido de negro, con galera de copa, que apretaba contra sí una gran máquina fotográfica con su trípode.

También descendieron dos mujeres, ayudadas galantemente por un hombre que había bajado antes y que les ofreció la mano cuando pusieron pie en el estribo.

Lucio observaba distraídamente el descenso de los viajeros pero, al reparar en una de las mujeres, el corazón le dio un vuelco. No era para menos.

Damasita, pues era ella, miró al grupo que esperaba la diligencia, como buscando a alguien que no estaba allí. Reparó en Lucio y lo reconoció, pese al uniforme, a su rostro más anguloso y a su piel curtida por la intemperie. Se acercó al oficial y, afectuosamente, le dijo:

-¡Lucio! ¡Qué sorpresa! No sabía que estabas destinado aquí... Te presento a tía Hortensia.

-Damasia... quién iba a decir... Mucho gusto, señora.

Damasita estaba transformada en una mujer hecha y derecha, de cara ovalada, pelo oscuro e intensos ojos negros. En cuanto a su tía, había dejado atrás la edad de merecer y unos cuantos kilos de más determinaban que se desplazara con la majestad de una fragata.

-Has cambiado, Lucio. Sos un hombre... Y te sienta bien el uniforme.

-Vos también has cambiado. Para bien. ¿Y qué venís a hacer en Trenque Lauquen?

-Sigo de novia con Marcos, él está acá y tenemos que ir organizando el casamiento.

No había terminado de hablar la muchacha cuando su prometido, que llegara con retraso, entró abruptamente en escena y tomándola de un brazo dijo:

-Vamos.

Pese a la sorpresa, Lucio reaccionó con rapidez:

-La señorita irá si quiere y cuando ella quiera.

-¡Métase en sus cosas, alférez!- bramó Marcos.

-No le permito...- empezó a decir Lucio, cuando terció Damasita:

-No insistas, Lucio. Te quedo agradecida. Vamos, Marcos.

Éste no quedó satisfecho y, dirigiéndose a Lucio, agregó mientras se alejaba:

-Y tenga en claro que entre nosotros queda un asunto pendiente.

-Pues lo arreglaremos cuando y donde quiera.

Esa noche volvió Lucio a cenar en lo de Aristegui. Y estaba aguardando que le sirvieran un estofado de cordero cuando entró el curioso sujeto que viera bajar

de la diligencia. Evidentemente había tomado una de las piezas que alquilaba el vasco y dejado en ella su chistera y su máquina fotográfica.

Aunque otras mesas estaban libres, se acercó a la que ocupaba Lucio y le dijo, en un castellano con acento caribeño:

-¿Me permite acompañarlo, oficial? Quisiera hacerle algunas preguntas y, además, no me gusta comer solo.

-Siéntese nomás.

Resultó que el hombre había nacido en San Juan de Puerto Rico, estaba radicado en los Estados Unidos y era miembro activo de una asociación filantrópica, adherente al socialismo utópico de Fourier, cuyo objeto específico consistía en proteger a las minorías étnicas. Interesado por la situación de los indios norteamericanos, su interés se extendía ahora a la de los aborígenes que poblaban la Argentina y recorría la frontera para documentar, mediante fotografías, distintos aspectos que se les referían. En la Blanca Grande lo habían recibido con curiosidad burlona. En Carhué lo expulsaron abruptamente. Llegaba ahora a Trenque Lauquen y, considerando propicia la ocasión para obtener datos, abordó a Lucio al verlo sentado sin compañía.

Decir que su aspecto resultaba extravagante es poco decir. Pues, vestido de negro de arriba abajo, con un lazo del mismo color a manera de corbata y zapatos de punta afilada perfectamente lustrados, nadie podía pasar por alto tan curiosa presencia. Que armonizaba con un rostro aceitunado, pálido, enjuto, donde los ojos brillaban con fulgor excesivo.

Después de informar sobre sus actividades, el hombre se presentó como Agapito Peñascales, humanista. Y pasó a desarrollar sus puntos de vista, haciendo gala de una verba caudalosa.

-Pues verá usted, señor oficial. Sin intención de incomodarle ni a usted ni a su gobierno, este servidor de usted y la asociación a la cual tengo el honor de representar, consideramos que la razón no está de vuestra parte en la lucha que libráis contra los pueblos que habitaron originalmente estas tierras. Otro tanto le hice saber anteriormente a las autoridades de los Estados Unidos respecto a la que allí se libra contra los pieles rojas, sin lograr que nuestras alegaciones fueran atendidas.

-Disculpe, don. Los Estados Unidos y la República Argentina no tienen la misma política respecto a los indios. Allí el General Custer ha dicho que el único indio bueno es el indio muerto. Aquí se ha intentado de muchas maneras atraerlos a la civilización, se les han ofrecido campos para asentar sus toldos, enseñanza para sus hijos, grados militares con sueldo para los caciques. Política ésta que continúa la que aplicaban los españoles en tiempos de la colonia. Fíjese que en Norteamérica no hay mestizos, ya que los sajones jamás se mezclaron con los indios. Observe en cambio el color y los rasgos del gaucho. Y dígame si eso no está demostrando que aquí hubo mezcla de sangres.

-Tiene razón en parte. Pero la suya es una verdad a medias. Hoy la guerra contra el indio es implacable.

-¿Y por qué es implacable? Porque los salvajes no se han querido incorporar a la nación y, en cuanto pueden, atacan pueblos y establecimientos, incendian, roban y matan. Se llevan cautivas a las mujeres, degüellan a los hombres, arrasan las poblaciones y arrean las haciendas para venderlas en Chile. ¿Sabe lo que hacen

con las cautivas? Muchas veces, les desuellan las plantas de los pies para que no se escapen...

-De todas maneras, ustedes no pueden forzar a los indios para que adopten una cultura y una religión que no son las de ellos.

-¿Pero no admite usted que haya que difundir la religión verdadera? ¿Tampoco acepta que las culturas superiores absorben a las inferiores, imponiéndose por el peso de evidencias que saltan a la vista? ¿Cree que se les haría un favor a los indios tolerando que, al morir un cacique, se siga llevando a la tumba sus mujeres, después de hacerlas matar con un golpe de boleadora en la cabeza? ¿Cree que se les haría un favor dejándolos vivir acosados por el terror al *gualicho*, a los malos espíritus, bebiendo hasta perder el sentido durante semanas, ignorando la escritura y la lectura, aplicando una justicia fundada en la venganza y el capricho? ¿Cree que así se les haría un favor?

-No se enoje, oficial. Yo no estoy diciendo eso.

-¿Y qué es lo que está diciendo, entonces? ¿Usted cree que, en nombre de teorías ridículas, debe privarse a los indios de la posibilidad de mejorar espiritualmente, de elevarse, de dominar la técnica y de conocer las grandes expresiones del arte? ¿Eso es lo que cree? Linda manera de favorecer a los salvajes sería dejarlos que sigan siendo salvajes.

-Tampoco se conducen ustedes en esta lucha como Hermanas de la Caridad.

-El oficio de las Hermanas de la Caridad no consiste en combatir ¡qué diablos!

No era Lucio persona de mucho hablar ni de elaborar construcciones retóricas. Todo lo contrario. Pero le había indignado la ligereza de las posturas sustentadas por su interlocutor. Posturas que, tomadas al pie de la letra, hubieran restado legitimidad a la empresa en que él y sus camaradas se estaban jugando la vida. Después de apurar una copa siguió diciendo:

-Además, usted dijo que los indios fueron los habitantes originarios de estas tierras. Aunque así hubiera sido, seguiría yo manteniendo lo que acabo de expresar: que la manera de ayudarles consiste en sacarlos de la barbarie en que están sumidos y en procurar que terminen formando parte de la nación, en un pie de igualdad. Pero sucede que estos indios contra los que peleamos ni siquiera fueron los habitantes originarios de nuestro suelo. No, señor. Se trata de araucanos que vinieron desde atrás de la cordillera después de la llegada de los hombres blancos y que, además, eliminaron sin piedad a los pampas, a los tehuelches, a los picunches...

-¿Usted les reprocha su condición de extranjeros, oficial? ¿No sabe que el progreso eliminará progresivamente las fronteras, hermanando a la raza humana?

-Déjese de macanas, mi amigo. Yo no les reprocho a los indios su condición de extranjeros, ya que actualmente hay muchos que nacieron en territorio argentino. Lo que digo es que no forman parte de pueblos originarios, ya que se encargaron de eliminar a los que estaban asentados aquí. Y eso de que el progreso hará desaparecer las fronteras está por verse. Al menos yo no me lo creo.

-Usted, señor oficial ¿dónde presta servicios?

-Soy comandante del fortín Mari Lauquen.

-¿Y no me permitiría ir allí para tomar una fotografías?

-No tengo ningún inconveniente en que saque todas las fotografías que le dé la gana. El Ejército Argentino no tiene nada que ocultar. Pero se lo advierto: pida una escolta para viajar porque el viaje es peligroso.

-En cuanto termine unas gestiones en Trenque Lauquen iré a su fortín.

No había concluido la conversación entre los dos hombres cuando se abrió la puerta del negocio y por ella entró Marcos Gutiérrez. Quien, al ver a Lucio, se le acercó para decirle en tono amenazante:

-Lamento encontrarlo de nuevo. Pero, aunque este no es lugar adecuado para arreglar nuestro asunto, recuerde que hay una cuestión pendiente entre nosotros.

-Ya le he dicho que estoy a su disposición para arreglar ese asunto cuando quiera.

-Y a mí me trata de “mi capitán”.

-Comprendido... mi capitán.

A la mañana siguiente, antes de emprender regreso al fortín Mari Lauquen, Lucio pasó por la Comandancia, a fin de averiguar si había órdenes para él. Y se encontró con que las había, pues recogió instrucciones de Villegas en el sentido de que dispusiera las cosas en el fortín como para ausentarse algún tiempo y, hecho esto, retornara a Trenque Lauquen para incorporarse luego a la fuerza que, al

mando de Levalle, se internaría en el desierto para asegurar el avance de la gran expedición que comandaría Roca, con el mismo Villegas como Jefe de su Estado Mayor.

Mediaba la mañana cuando Lucio, Manuel y Gabino, con los caballos cargueros por delante, embocaron la calle que permitía salir de Trenque Lauquen con dirección sudoeste. Fue entonces cuando advirtió Lucio que, en sentido contrario, venían caminando Damasita y su tía Hortensia. Vaciló un momento pero, tomando una rápida decisión, indicó a sus compañeros que siguieran viaje y que él los alcanzaría. Desmontó junto a las damas:

-Buenos días- dijo, resuelto.

-Buenos días- respondió Damasita, algo cohibida.

-Me alegro de encontrarlas. ¿Me permite, doña?- agregó, dirigiéndose a la tía- Quisiera decirle dos palabras a su sobrina si no lo toma a mal.

-Faltaba más.

Tomó del brazo a Damasita y, enérgicamente, le advirtió:

-Damasia, Gutiérrez no es el hombre para vos. He visto que te trata mal. Te arruinará la vida. Pensá las cosas de nuevo, estás a tiempo.

Confusa, la joven no atinaba a responder. Por fin balbuceó:

-No sé qué hacer.

-Bueno, además, debés saber que no te he olvidado. Es todo lo que quería decirte. Adiós, Damasia, adiós señora.

Montó y se alejó al galope. Pronto alcanzó a Manuel y Gabino, siguiendo juntos rumbo al fortín.

Después de volver a verla, Lucio confirmó que su amor por Damasita no se había apagado. Por el contrario, seguía ardiendo vigorosamente en su pecho.

Capítulo 8: DE SALINAS GRANDES A TRARÚ LAUQUEN

Lucio tomó las providencias necesarias para que la rutina del fortín no sufriera mayores alteraciones durante su ausencia, que ignoraba cuánto duraría. Nuevamente quedó a cargo del mismo el sargento Acosta, a quien aconsejó apoyarse en la experiencia de Nicolai.

Sin embargo, Lucio no se alejaría tranquilo del fuerte. Pues, según le hicieron saber al volver de Trenque Lauquen, se habían visto indios bomberos en la lejanía. Y si los indios andaban bombeando era de temer alguna incursión. De modo que, al partir tres días después, llevó dos hombres con él por si se producía un encuentro en el camino.

Avanzaban los jinetes a media rienda, cuando uno de los soldados observó la presencia de algunos caranchos que volaban en círculos, allá arriba, un poco delante de ellos.

-Fíjese en esos bichos, mi alférez. Parece que hay alguna osamenta.

-Ajá. Y pronto lo sabremos porque vamos hacia allí.

Recorrían los viajeros el camino que, sin ser camino, se transitaba habitualmente para unir el fortín con la Comandancia. Y, alcanzado el lugar que sobrevolaban los caranchos, toparon con un espectáculo macabro:

A un costado de la huella, junto a unas matas de cortadera, yacía un cadáver que las alimañas se habían encargado de mutilar. Lo cubría una vestimenta negra y parecía un espantapájaros trágico y descalabrado, cosido a lanzazos. Cerca suyo

se veía una gran máquina fotográfica y una galera de copa, que otorgaban a la escena un toque surrealista.

-¡Dios mío!- exclamó Lucio -¡Agapito Peñascales! ¡Pobre hombre, qué manera de terminar sus días! ¡Y vean que le avisé que no viajara sin escolta!

Desmontó y despojó al muerto de sus pertenencias, para hacer entrega de ellas en la Comandancia. Aunque resultaría ardua tarea ubicar algún familiar del difunto para hacérselas llegar. Enseguida ordenó a uno de los soldados:

-Alce el finado y vuélvase al fortín para darle sepultura. Aunque pienso que era medio descreído no se le puede negar un lugar para que descanse, al reparo de una cruz. Y nos llevaremos la máquina de fotos, que para algo servirá.

Ya en Trenque Lauquen, Lucio entregó en la Comandancia las pertenencias de Peñascales. La máquina fotográfica también quedó depositada allí, por si alguien supiera cómo emplearla.

Cumplidas esas gestiones, inició el alférez complicados trámites para renovar parcialmente su equipo, en previsión de las exigentes jornadas que le aguardaban. No fue mucho lo obtenido: un par de estriberas, una cincha y un bozal, una chaquetilla en condiciones relativamente aceptables.

Al día siguiente se unió a la fuerza que había salido desde Carhué para batir una vasta extensión que, probablemente, hubiera sido ya abandonada definitivamente por la indiada. Aunque no existiera certeza de ello. Para comprobarlo, los expedicionarios se dividirían en fracciones menores, las cuales

habrían de dispersarse a fin de cubrir toda el área de operaciones. Lucio estaría a cargo de una de ellas. Que se desgajaría del resto una vez superado el fortín más avanzado en la línea de la Frontera Sur. Mientras tanto, galopaba junto al coronel Levalle, al cual observaba de reojo, centrando su atención en el gesto decidido y en la larga pera blanca de su jefe.

Nicolás Levalle, fundador de Carhué, donde estaba su comando, había ganado prestigio en Cepeda, en la Guerra del Paraguay y en mil episodios de la lucha contra el indio. Nacido en Italia, no lejos de Génova, su verdadero apellido era Levaggi, que prefiriera castellanizar del mismo modo en que él mismo se acriollara. Era, en una palabra, uno de esos gringos machazos, como Cerri y Morosini, que inscribirían su nombre en los anales de las armas argentinas. Al igual que el alemán Wintter o el inglés Fotheringham.

Se hallaba ahora al frente de una fuerza que incluía varios oficiales, un número apreciable de soldados, algunos indios aliados, dos baqueanos y un rastreador.

Recibió Lucio instrucciones de desviarse hasta las Salinas Grandes, para realizar una descubierta con doce hombres a sus órdenes. Pues, si bien el propio Levalle había incursionado hasta allí tiempo antes, no cabía descartar que araucanos seguidores de Namuncurá hubieran levantado nuevamente sus toldos en la zona.

La misión le gustó al alférez, que nunca había llegado hasta las salinas, parte de cuya larga historia conocía.

La relación de Buenos Aires, cuna de Lucio, con las Salinas Grandes, era de antigua data. Tanta que alcanzarlas fue el objetivo de las primeras expediciones españolas que se adentraron en el desierto, en procura de sal para la ciudad. Largas

tropas de carretas salían hacia el sudoeste, custodiadas por tropas regulares o milicias que hasta arrastraban piezas de artillería. Durante el viaje se negociaba con los caciques, haciéndoles regalos y promesas. Cuando la negociación resultaba infructuosa, era cuestión de seguir adelante acudiendo a la fuerza. Apenas instalada la Primera Junta de gobierno, en 1810, Cornelio Saavedra ordenó al coronel español Pedro Andrés García –que militaba en el bando revolucionario- realizar el periódico viaje a las Salinas Grandes. García dejó una pormenorizada crónica de aquella incursión, recogida por Pedro de Ángelis en tiempo de Rosas.

También fueron las Salinas Grandes sede de la federación de tribus araucanas organizada y presidida por Calfucurá. Federación ésta que emitía documentos oficiales redactados por blancos instruidos y que contaba con un sello redondo, troquelado por un platero de Santa Fe, donde se leía: *General Juan Callvucura – Salinas Grandes* y que lucía un escudo con dos lanzas cruzadas, una flecha y un par de boleadoras. Entre los elementos a su disposición, contaba el gobierno indígena con un diccionario castellano, cuyo objeto era permitirle conocer el contenido de los partes militares que cayeran en sus manos.

Lucio distribuyó sus hombres de modo que batieran una extensión apreciable de terreno, aunque suficientemente próximos para poder auxiliarse entre sí en caso de ser atacados por sorpresa. Hicieron noche no lejos de su destino, al amparo de algunos de los caldenes que empezaban a aparecer al paso. Sin encender fuego y establecidos los turnos de guardia, después de masticar algo de carne charqueada, apoyada la cabeza sobre el lomillo se quedaron profundamente dormidos. Cosa comprensible pues la jornada había sido larga. Antes de cerrar los ojos, cara al cielo, disfrutó Lucio por un rato del espectáculo inigualable que brindan las constelaciones brillando en el cielo austral.

Las Salinas Grandes son un lago dilatado, cuyas orillas refulgentes comienzan en una barrera de monte natural y concluyen en las densas aguas que apenas riza el viento. Tal fue el panorama que se presentó a la vista de Lucio y su gente antes del mediodía.

A la derecha de donde se hallaban, protegidos por un par de caldenes y unos cuantos chañares, subsistían varios toldos aparentemente abandonados. Hacia ellos se dirigieron al galope.

Resultaba claro que, efectivamente, los toldos estaban deshabitados, seguramente desde que Namuncurá se replegara tierra adentro después de Paragüil. Exhibían la precariedad propia de aquellas viviendas que, sin tomarse demasiado trabajo para ello, alzaban los indios como cobijo. Varios cueros yapados, con el pelo hacia afuera, sostenidos por troncos que oficiaban de puntales, constituían la elemental estructura. Ni siquiera contaban con chimenea para llevar afuera el humo del fogón que se encendía dentro. Motivo por el cual el interior, dividido en ámbitos separados por cueros o mantas que oficiaban de tabiques, aparecía tiznado y olía a leña quemada.

En torno a los toldos habían quedado distintos elementos que sus moradores no consideraran necesario llevarse consigo: pesados morteros de piedra, calaveras de vaca que oficiaban de asiento, guascas de cuero reseco, una matra de colores fuertes en malas condiciones. También se veían plantas de maíz que habían crecido espontáneamente, después de ser arrojado al descuido algún choclo mordisqueado a medias.

Aunque no eran los primeros toldos que visitaba, Lucio observó todo con curiosidad, ya que aquello configuraba un elocuente testimonio de una forma de

vida practicada en dilatadas regiones del país. Y que, incluso, había sido adoptada por algunos hombres que, nacidos en el seno de la civilización, optaran por abandonarla para refugiarse en las *tolderías*, generalmente por haberse colocado fuera de la ley con motivo de un delito. O por haber sufrido un desengaño amoroso, como en el caso de aquel muerto que llevaba un guante de mujer anudado a la cintura, según relatara cierta noche un soldado memorioso. Personajes de este tipo eran quienes redactaban los documentos oficiales de la federación araucana. Sin embargo, además de los *pasados* a los indios, también han de mencionarse los cautivos retenidos contra su voluntad en las *tolderías* y que sólo buscaban la oportunidad de huir. Santiago Avendaño se contó entre los que vivieron entre la *indiada*, escribiendo luego sus extensas memorias, algo fantasiosas a veces.

Caso especial era el de las cautivas, arrancadas de sus hogares por los malones y forzadas a convivir con los salvajes. Por lo general soñaban con escapar pero había ocurrido que, teniendo oportunidad de hacerlo, en ocasiones prefirieron quedarse para no abandonar al indio que las había hecho suyas y a los hijos habidos con él.

Una vez comprobado que allí no había nadie y después de proveerse con unos puñados de sal para consumo de cada cual, Lucio y los suyos prosiguieron viaje, rumbo a Trarú Lauquen, punto de encuentro para las partidas despachadas por Levalle.

Pronto la marcha se volvió más difícil, aunque la belleza del panorama compensara la lentitud del avance.

A poco de abandonar Salinas Grandes, en efecto, el monte se hizo más denso, compuesto en muchos casos por magníficos ejemplares de caldén. Debajo de ellos, su sombra determinaba que el suelo estuviera limpio. Pero, en los claros, aparecían pajonales y manchones de jarilla. Abriéndose paso al tranco y disfrutando el fresco de las enormes copas que filtraban los rayos del sol, la partida sumaba leguas poco a poco.

Una apreciable porción de la Argentina bien podría denominarse el Reino del Caldén, pues en ella se impone sin oposición la presencia de ese árbol que podría erigirse en símbolo heráldico de la misma. Con su armónica osatura de tronco y ramas labrados por la austeridad del clima y con el encaje de una fronda delicada, compuesta de pequeñas hojas avaras de humedad, el caldén preside el suroeste del país.

En un momento dado, uno de sus hombres, experimentado en el tránsito riesgoso de la zona, informó a Lucio que, en caso de escasear el agua, observarían con atención aquellos caldenes cuyas ramas principales divergieran a partir del tronco poderoso. Ya que los indios solían excavar en éste una suerte de recipiente, labrando en aquéllas profundas canaletas para coleccionar la lluvia.

No había pasado mucho tiempo desde que el soldado brindara tal explicación cuando, señalando un ejemplar que reunía las condiciones expuestas, dijo:

-En ese árbol podría haber agua.

-A ver, vaya a fijarse- autorizó Lucio.

Arrimó el milico su caballo al caldén, se paró sobre el recado y, metiendo la cantimplora allí donde nacían las ramas, la sacó chorreando agua fresca y cristalina. De inmediato, varios de sus compañeros lo imitaron.

Al momento de partir Lucio, Damasita y su tía ya no se encontraban en Trenque Lauquen.

La muchacha había llegado con intención de acordar con Marcos Gutiérrez los detalles de su casamiento, justificándose el viaje porque éste se mostraba algo remiso para fijar fecha. Quizá las libertades propias de la vida en la frontera hubieran influido en la renuencia que mostraba el capitán. Actitud que Damasita no dejara de advertir.

Sin embargo, a partir de la reaparición de Lucio, los sentimientos de los novios variaron decididamente. En cuanto respecta a ella, empezó por reparar en el buen porte que el paso de algunos años confiriera a su antiguo enamorado. Que se había convertido en un mozo varonil y bien plantado, cortés y seguro de sí mismo. Según lo había demostrado al abordarla en plena calle para recomendarle que revisara su relación con Marcos y, discretamente, informarle que la seguía queriendo contra viento y marea.

Respecto a Gutiérrez, el encuentro de Lucio y Damasita suscitó en su ánimo la erupción de los celos. Es verdad que la distancia y algún enredo con mujeres vivanderas habían enfriado el cariño que sintiera por su prometida. Y también es verdad que la perspectiva de constituir una familia no le atraía mayormente, influido por la aventura y su seducción equívoca. Pero era cierto asimismo que no estaba dispuesto a tolerar que nadie le disputara el cariño de una mujer que

consideraba suya. De modo que en la animadversión que sentía ahora por Lucio se mezclaba su amor propio herido y el afecto por Damasita, renovado por la aparición de un rival inesperado. Que, para peor, intuía que ganaba terreno en el corazón de la joven.

Los días pasados por ella en Trenque Lauquen fueron tempestuosos. Cada encuentro de la pareja terminaba en ásperas controversias. La mujer llorando, el hombre indignado. En cuanto a los preparativos de casamiento, no avanzaron en lo más mínimo, pues resultaba claro que muchas cosas debían reacomodarse para pensar en una boda. De modo que, al día siguiente de marchar Lucio hacia el fortín Mari Lauquen, Damasita y su tía abandonaron el alojamiento que ocupaban, en casa de cierto agrimensor casado con la hermana de un oficial, y tomaron la diligencia que las llevaría hasta la lejana punta de rieles en Azul.

Gutiérrez ardía en deseos de batirse con Lucio.

-¡Me las va a pagar ese mocito engreído!- se decía una y otra vez.

Superadas las caldenadas, Lucio y su gente embocaron un amplio valle, que se extendía entre dos cadenas de médanos. Había en él dilatadas extensiones de cortaderas, interrumpidas por trebolares donde pastó a gusto la caballada. Confluía este valle con otro de características análogas, que se prolongaba en dirección Noreste. Desde cierta distancia los integrantes de la partida pudieron observar el humo que subía de los fogones encendidos por el grueso de la tropa al mando de Levalle, acampada ya en Trarú Lauquen.

Trarú Lauquén o *Laguna del Carancho* había sido un importante asentamiento araucano, alcanzado en la primera batida realizada por Levalle. Oportunidad en la cual se produjo una confusión pues, simultáneamente, llegó hasta allí otra partida militar, con la que hubo un intercambio de disparos hasta advertirse el equívoco. Se pudo apreciar entonces que, si bien los toldos habían sido abandonados precipitadamente ante la aproximación de los soldados, las huellas halladas demostraron que las tribus que poblaban el lugar lo hacían de manera prácticamente estable.

Telares armados con estacas clavadas en el suelo, vasijas de barro cocidas allí, *picaderos* donde se labraba el sílex para confeccionar flechas y raspadores, arados de madera, cuadros sembrados con maíz y algunos árboles frutales atestiguaban que aquellos indios habían dejado de ser nómades. Hasta se encontraron cuños destinados a confeccionar bastas monedas de plata.

Sin embargo, los lanceros más o menos arraigados en Trarú Lauquén abandonaban con frecuencia su vida sedentaria para, por iniciativa de sus caciques o arrastrados por la riada de una gran invasión proveniente del sur, lanzarse sobre las poblaciones de la provincia de Buenos Aires agrupados en malones incontenibles.

Al arribar Lucio, en torno a la Laguna del Carancho sólo habitaban unos pocos indios mansos. Establecido el vivac, se dispusieron a pasar esa noche y la siguiente, ya que los caballos debían reponerse para enfrentar las durísimas jornadas que insumiría internarse en el “País del Diablo”, el *Huecubú Mapú*.

Capítulo 9: COMBATE EN EL SALITRAL

Salvo algunas pequeñas fracciones desprendidas a manera de descubierta, la columna de Levalle avanzaba reunida después de abandonar Trarú Lauquén. Ello obedecía a que, presumiblemente, no habría encuentros con la indiada en el País del Diablo. Porque en el País del Diablo no hay nadie. Ya que es una inmensa travesía hostil e intransitable que se prolonga a lo largo de cientos de leguas, sin agua, sin pastos, sin sombra ni reparos. En la cual las sierras de Lihué Calel constituyen un verdadero oasis.

Al romper la marcha los expedicionarios adoptaron todas las providencias posibles para afrontar las dificultades que les aguardaban. Se acomodaron brazadas de pasto en los caballos cargueros. Sobre la silla, frente al jinete, muchos de éstos colocaron damajuanas, llenas de agua y retobadas en cuero para protegerlas de los golpes. Todo aquel que pudo se proveyó de alguna cantimplora suplementaria. Pañuelos sereneros protegieron cuellos y nuca del sol implacable. Chambergos y sombreros *panza de burro* reemplazaron algunos kepíes. Y se efectuó una rápida cosecha de *té pampa*, en previsión de que se acabara la yerba mate antes de regresar.

Después de dejar a un lado varios grupos de corpulentos *sombras de toro*, empezaron a escasear los grandes árboles, reemplazados por un fachinal achaparrado, pródigo en espinas. Jarillas, alpatacos, piquillines, matas de paja brava, jume, brusquilla y chilladora, algún chañar en los bajos y afloramientos de piedra en las lomadas, comenzaron a acompañar el avance de la columna. Que no detendría su marcha para pernoctar, aprovechando así el fresco de la noche y reduciendo al mínimo la permanencia en el País del Diablo.

Tal vez para ahorrar energías, aquellos veteranos casi no conversaban entre sí. No obstante ello, Lucio lo hacía, a ratos, con el mayor Soler y con Juan Huincul, uno de los baqueanos, que cabalgaban a su lado. Soler era un oficial culto y, además, buen *tropero*; Juan, un indio que conocía esos parajes como la palma de su mano.

-¿Vamos derecho a Lihué Calel- preguntó Lucio a Soler.

-Casi derecho. Porque tiraremos un poco hacia el noroeste para pasar por un salitral donde supo haber una toldería. Desde allí hasta las sierras sólo hay unas horas de marcha.

-¿Vos estuviste en Lihué Calel?- volvió a preguntar Lucio, dirigiéndose esta vez al baqueano.

-Me crié allí. Y es lugar tan bueno que mis paisanos no lo abandonarán así nomás. Para mí que habrá pelea, en las sierras o antes de llegar.

Se hizo un breve alto a mediodía, para darle resuello a los montados y para comer algo, frugalmente. Con recomendación expresa de reducir todo lo posible el consumo de agua. Hasta ese momento, la columna sólo había topado con un par de maras que huyeron a su paso, con algunos ñandúes y con una iguana que dormitaba al sol.

Atardecía cuando un perfil indeciso se dejó ver en el horizonte.

-Las sierras- informó Juan.

Marchar de noche tenía muchas ventajas. Sobre todo si se considera que aquella era apacible, clara y bastante fresca. Los cuatro diamantes de la Cruz del Sur brillaban nítidos en el cielo, facilitando a los jinetes no extraviar el rumbo. El silencio pesaba casi físicamente, apenas turbado por el ruido de los cascos, el tascar de los frenos, el resoplido de algún caballo, el entrechocar apagado de las armas y, muy de tanto en tanto, por el seco ladrido de un zorro que serruchaba la inmensidad del desierto.

Pero andar en la oscuridad también tiene sus inconvenientes. Pues hacerlo a campo traviesa, sin huella ni camino y, para peor, entre confusos matorrales, produce al viajero la sensación de transitar entre peligros indefinidos que acechan desde las sombras.

Se había prohibido fumar, en parte para no facilitar a algún indio bombero advertir la aproximación de la columna, en parte para conjurar el peligro de un incendio. Riesgo éste verdaderamente pavoroso pues, en aquella extensión reseca, sembrada de arbustos que arderían rápidamente, el fuego resultaría incontenible.

Lucio retomó su charla con Juan, el baqueano:

-Contame algo más sobre Lihué Calel.

- En las sierras hay arroyos, árboles grandes, plantas de durazno...

-¿Durazneros?

-Sí, no quedar muchos, pero hubo montes de durazno, dicen que plantados por hombres blancos quién sabe cuándo.

Intervino aquí el mayor Soler e informó:

-Yo también oí esa historia. Parece ser que en tiempo de los españoles vinieron algunos de ellos desde Chile, navegando el Limay y remontando luego el Chadí Leufú hasta alcanzar la laguna Urré Lauquén. Sin poder continuar la marcha, se dirigieron a las sierras, que tenían a la vista. Y se habrían asentado en ellas, contribuyendo su presencia en medio del desierto a prolongar el mito de la Ciudad de los Césares. Incluso afirman que los jesuitas llegaron luego a las sierras y que fueron ellos los que plantaron los montes de durazneros.

-Además- acotó el baqueano, –cuentan que, estropeadas las buenas relaciones con mis paisanos, los padres dejaron las sierras de un día para otro. Y escondieron en algún lugar cosas de plata y oro destinadas al culto, para evitar que cayeran en manos de gente sin respeto.

-¿De manera que habría algo así como un tesoro en las sierras?

-Tal vez resulte excesivo hablar de tesoro. Pero sí un *tapado* valioso. Cuya existencia me ha mencionado más de uno – comentó Soler.

-Lo que sí podrán ustedes ver en Lihué Calel, además de montañas de piedra colorada, es una cueva que no tiene fondo y otra pintada por los antiguos. –agregó el baqueano.

-¿Los antiguos?

-Sí, mis paisanos que vivían por acá desde siempre, antes que llegaran los que vinieron desde atrás de la Cordillera.

-Quienes ¿los araucanos?

-Si, ellos terminaron con mi gente. Por eso estoy con ustedes.

Las horas iban pasando y proseguía el avance de la columna en plena madrugada. Parecía que nadie hubiera advertido su presencia y que, superado el salitral hacia el que se dirigía, alcanzaría Lihué Calel sin haber tenido ningún encuentro con los salvajes. Pero no era así. Había ojos que la seguían en el silencio de la noche.

Ya amanecía cuando los expedicionarios, desde una lomada, pudieron ver el salitral que se proponían explorar en su tránsito hacia las sierras. Se trataba de una gran extensión, cuyo contorno teñían de color rosa los preludios del alba. Parecía un ópalo engastado en la monotonía parduzca del desierto. Hacia la izquierda del observador se levantaba una cerrillada de mediana importancia, cubierta de matorrales hasta algo más de media altura, a partir de donde aparecían formaciones de piedra rojiza. Más lejos, al frente, el sistema de Lihué Calel se manifestaba como un conjunto que incluía varios encadenamientos, presididos por tres cerros de buen porte que la distancia aún diluía en azul.

A paso lento, la columna empezó a descender hacia el salitral, con intención de dividirse para rodearlo, a fin de completar el relevamiento de sus inmediaciones.

Fue entonces cuando, surgida desde atrás de un grupo de chañares, apareció una fracción de lanceros indios, resueltos a interponerse entre los soldados y el salitral. Maniobra que ponía de manifiesto la inquebrantable decisión de combatir hasta el final por parte de los salvajes, que se apoyarían en la orilla para negarse toda posibilidad de huida. Sólo dejaron a retaguardia un par de jinetes, seguramente para llevar hasta los toldos noticias sobre el resultado del enfrentamiento inminente, en caso de ser adverso.

Un griterío ensordecedor se levantó desde la masa de guerreros araucanos que, sueltas las riendas, se golpeaban la boca profiriendo alaridos mientras blandían sus lanzas.

La reacción de Levalle fue rápida: dispuso desplegar dos líneas de tiradores, rodilla en tierra la primera, de pie la segunda, y reservar la gente de a caballo para realizar una maniobra envolvente llegado el momento. Un capitán se puso al frente de los tiradores. Soler y otro oficial comandarían cada una de las secciones de caballería. Aquél indicó a Lucio que se pusiera a su lado.

La gritería adquirió características de desafío, pues los indios invitaban a los soldados a avanzar para ensartarlos en sus lanzas. Y a los gritos de los salvajes respondían los soldados con improperios.

En esos momentos de insoportable tensión que preceden a la batalla, el baqueano se aproximó a Lucio y, con ánimo docente, le informó:

-Es la tribu del cacique Gerenal, que morirá antes que dejar Lihué Calel en manos de los *huincas*. Vea, es aquel del poncho azul con redondeles blancos.

La arrogancia del sujeto sugería su autoridad. Que también se manifestaba en la calidad del poncho, que quizá conservaba puesto para ponerse en evidencia durante la pelea, como un desplante temerario.

Dado que los indios no iniciaban el ataque, Levalle dispuso que se adelantara la línea de tiradores. Lo hicieron éstos y, recorridos cincuenta metros, volvieron a poner rodilla en tierra unos y permaneciendo de pie los otros.

-¡Apunten!- ordenó Levalle. -¡Pero no tiren hasta la orden de fuego!

Levantaron los soldados sus Remington, amartillados.

Redobló la indiada los gritos, haciendo abalanzar sus montados sin permitirles avanzar.

Lucio desenfundó el revólver, reservándose el empleo del sable para último momento, cuando indios y milicos se hubieran trezado en la fiebre del combate. Se sorprendía a sí mismo al comprobar, nuevamente, que en los instantes previos a la lucha se sentía sereno y frío, capaz de valorar sin errores las situaciones que se le fueran presentando. Se encomendó a Dios, pensó en Damasita y apretó los dientes.

Impacientes, algunos lanceros aflojaron la rienda y permitieron que sus caballos se proyectaran hacia delante. Bastó que uno lo hiciera para que los demás lo imitaran. Recién entonces tronó Levalle:

-¡Primera línea de tiradores! ¡Fuego!

Vomitaron plomo las armas y cayeron varios indios. De inmediato gritó nuevamente Levalle:

-¡Segunda línea de tiradores! ¡Fuego!

Otros indios fueron derribados y vacilaron por un momento los atacantes.

-¡Tiradores! ¡A caballo!- volvió a ordenar Levalle, poniéndose al frente de aquel pelotón que había recuperado su condición ecuestre y que ahora ocupaba el centro de la línea, entre las otras dos fracciones de jinetes –¡A la carga! ... ¡Viva la patria!

-¡Viva la patria!- respondieron todos, a grito pelado.

El choque fue tremendo. En medio de la polvareda, entre el monte espinoso, mezclados los alaridos de ambos bandos, los combatientes tomaron contacto directo en un rabioso entrevero. Grupos menores libraban encuentros circunscriptos, valiéndose los milicos de sus sables y los indios de dagas y boleadoras utilizadas como mazas, ya que les era difícil valerse de sus largas lanzas.

Forzados por el empuje de la carga, retrocedieron los guerreros de Gernal hasta alcanzar la orilla del agua, donde desmontaron. Tal como se siguió diciendo luego, en lenguaje popular, se había *armado una de a pie*, o sea un encuentro donde la indiada prescindía de los montados para demostrar su ineludible decisión de vencer o morir en el lugar.

Lucio se encaró con un araucano que hacía girar sobre la cabeza una de las boleadoras, a manera de *macana*, buscando el momento preciso para golpear con

ella al oficial. Que logró cortar de un tajo el ramal de tiento que la sostenía, lo cual determinó que volara sin dirección. E inmediatamente abatió al indio de un sablazo junto al cuello. Acudió luego en auxilio de Soler, que se batía denodadamente contra dos rivales. Fue entonces cuando sintió un puntazo en el muslo. Un tercer salvaje lo había alcanzado con su daga pero, como pudo permanecer montado, le tiró el caballo encima dejándolo descalabrado.

Los indios peleaban ya dentro del salitral, con el agua a la rodilla. Cosa que dificultaba maniobrar con los caballos. Motivo por el cual también desmontaron los milicos, sin abandonar unos el sable y optando otros por la bayoneta, empleada como puñal.

Para una contienda entre infantes, los militares eran muy superiores a los indígenas. A raíz de ello fueron quedando dueños del campo. Gerenal había peleado como un demonio y su poncho azul aparecía en todas partes. Fue entonces cuando el soldado correntino Salazar, que había conservado su carabina, mató al cacique de un tiro. Aquello fue el final de la resistencia araucana. Pese a la bravura de su jefe, los salvajes habían perdido definitivamente Lihué Calel y ya no dejarían de retroceder ante el avance de los regimientos nacionales.

Los dos jinetes indios que quedaran a retaguardia partieron a todo galope, para comunicar la infausta noticia de la derrota sufrida.

Capítulo 10: EN BUENOS AIRES

Damasita llegó maltrecha de su excursión a Trenque Lauquen. El viaje de regreso en diligencia resultó tan penoso como el que las había llevado, a ella y a su tía, hasta la lejana Comandancia a cargo del coronel Villegas. Y, si bien completaron el trayecto en ferrocarril, las molestias del primer tramo no fueron compensadas por las comodidades del segundo, ya que el vagón en que se instalaron tampoco era demasiado confortable.

De todas maneras, no fueron las incomodidades sufridas el principal motivo del decaimiento que sobrellevaba la joven. Que tenía como causa principal el penoso desasosiego de su corazón, acometido por las dudas y la incertidumbre.

Había partido de Trenque Lauquen en medio de una áspera desavenencia con Marcos, quien la trataba cada vez con mayor desconsideración pero que, paradójicamente, parecía haberse vuelto a enamorar de ella a raíz de la reaparición de Lucio.

Además, estaba Lucio. A cuyo respecto se reprochaba haberlo dejado de lado cuando ambos eran muy jóvenes, sin haberle dado oportunidad de demostrarle cumplidamente las condiciones que poseía. Las cuales ella empezaba ahora a valorar, en virtud de un par de encuentros casuales en una remota población enclavada a las puertas del desierto.

Todo esto, más cierto malestar físico que parecía acentuarse, afligía a la muchacha desde su arribo a *la gran capital del Sud*, según denominara a Buenos Aires un poeta entusiasta.

Resultaba en efecto desmesurado calificar de *gran capital* a la ciudad porteña, antes de que el Intendente Torcuato de Alvear la transformara durante el primer gobierno de Roca.

Buenos Aires era todavía una Gran Aldea, situada en el extremo austral del Nuevo Mundo. Contaba con casas bajas, de azotea, amplios patios y ventanas enrejadas. Hacía poco que los Maestros de Obra italianos habían empezado a dejar señales de su influencia en la edificación porteña. Influencia ésta que se advertía en las balaustradas de pilastrines que coronaban algunos frentes, en las cornisas repetidas y en ciertos medallones de estuco que alteraban la sobriedad del estilo colonial.

Todavía no se contaba con obras sanitarias, de manera que no había cloacas y el agua era de pozo, de lluvia o comprada al aguatero que la sacaba del río. La iluminación pública resultaba escasa y mortecina. Las veredas tenían que ser altas, a fin de no quedar cubiertas por la correntada que anegaba las calles cuando se descolgaba una tormenta. Y, por Tres Sargentos, San Martín, Paraguay, Maipú y Córdoba, corría un arroyo llamado *Tercero* donde, alguna vez, se ahogaron los caballos que tiraban de un tranvía. O *tranway*, como se le decía entonces a este vehículo, cuyo paso anunciaba el mayoral haciendo sonar su cornetín.

La Plaza de Mayo estaba dividida por una recova que la partía en dos, denominada una *25 de Mayo* y la otra *de la Victoria*, en recuerdo ésta de los triunfos obtenidos cuando las Invasiones Inglesas. En cuanto al Cabildo, contaba aún con sus alas completas, recortadas años después.

La gente paseaba, tomando el aire. Por lo general almorzaba a las once de la mañana y cenaba a las cinco de la tarde. Se hacía visitas de cortesía, frecuentaba

los cafés y disfrutaba con el teatro, tanto si se representaban óperas o sainetes criollos. Tenores de la talla de Gayarre y Tamagno habían cantado en el viejo Teatro Colón, que se alzaba allí donde Reconquista confluía con la Plaza de Mayo. El Presidente de la República solía caminar tranquilamente por la calle, sin custodia alguna.

Como la ciudad pertenecía a la provincia de Buenos Aires, residían en ella por derecho propio las autoridades provinciales y alojaba como huéspedes a las nacionales, lo cual daba lugar a una situación anómala que debía remediarse.

Gobernaba aún Nicolás Avellaneda y se hablaba de la posible candidatura del General Roca, que preparaba la Expedición al Desierto, mencionándola como su *retiro a las Galias* y disponiéndose a cruzar el Rubicón al regresar victorioso. Cosa que los porteños no estaban dispuestos a tolerar, luego de admitir a regañadientes que dos provincianos ejercieran sucesivamente la presidencia de la República. Reticencia que se sumaba a la oposición que despertaba *el voto armado*, como decía Mitre para referirse a la influencia política de los regimientos de línea. Todo lo cual hubiera permitido vaticinar, a un observador perspicaz, las sangrientas jornadas que sobrevendrían en 1880.

El malestar de Damasita se fue acentuando. Y aquello ya no se trataba de mal de amores, sino que parecía haber ingresado en el territorio reservado a la ciencia médica. Tanto fue así que la familia decidió convocar al doctor Ignacio Pirovano, el gran médico de la época, que introdujo en el país la antisepsia quirúrgica de Lister.

Ignacio era hijo de Aquiles, platero de profesión, y se había casado con Petrona Álzaga, a la que conoció mientras pintaba unas acuarelas en la quinta de Lezama ya que, además de tener buen pulso para empuñar el bisturí, Pirovano manejaba los pinceles con destreza.

Su sola presencia alivió a Damasita. Pues le produjo una gran tranquilidad la entrada en su cuarto de aquel gigante de barba rubia y brazos poderosos. Que olía a agua de colonia pues, según su costumbre, la pidió para desinfectar sus manos después de lavárselas y antes de revisarla.

Se decía que los dedos del famoso médico tenían efectos anestésicos, dado que con sólo tocar las zonas afectadas parecían aliviar a los enfermos. También su vozarrón transmitía tranquilidad. Pudo verificarlo Damasita cuando, sentándose junto a su cama para tomarle el pulso, le dijo:

-Pero si usted está de lo más bien.

Frase que empleaba con frecuencia antes de emitir su certero diagnóstico.

Que, en este caso, consistió en informar que su paciente había contraído fiebre tifus.

Afección frecuente en una ciudad con aljibes donde el agua permanecía estancada largo tiempo y donde los recipientes en que se la almacenaba no siempre estaban demasiado limpios. Por otra parte, también había podido estar contaminada el agua bebida en las postas durante el viaje recientemente realizado por la muchacha.

En una de sus visitas, Pirovano quedó a solas con Damasita. Oportunidad que aprovechó para decirle:

-Pronto empezará usted a mejorar. Es fuerte y está recibiendo el tratamiento adecuado. Pero permítame ser indiscreto: me parece que su único problema no es el tifus.

Se felicitó la chica por la perspicacia del médico. Pues, fuera de su madre, a nadie había comentado el conflicto sentimental que padecía. Y quería hacerlo con alguien de buen criterio que pudiera orientarla.

El tono bondadoso del gigante y el buen concepto de que gozaba en todo Buenos Aires la decidieron a franquearse, confiándole el motivo de su profunda desazón.

La oyó don Ignacio atentamente, como si en ese momento el asunto más importante que tuviera que atender fuera la confidencia de su paciente. Considerada la cual y luego de pensar un poco, le aconsejó:

-Vea, m'hija. Lo que pasa es que usted ha dejado de querer a su novio. Que, por otra parte, muchos méritos no ha hecho para conservar su cariño. Pienso, si me permite, que está llegando el momento de terminar con ese noviazgo. Y quizá de empezar otro- concluyó con una sonrisa comprensiva.

A partir de entonces, con un panorama más claro, el corazón de Damasita empezó a moverse en el sentido recomendado por Pirovano.

El tema de la frontera apareció en otra de las visitas del médico. Quien relató una de sus experiencias referidas al mismo, remitiéndose a un informe quirúrgico que redactara recientemente y que decía:

N. Córdoba es un joven oficial de 25 años natural de Buenos Aires y que revela una constitución inmejorable. Encontrándose en la frontera de la provincia de San Luis se dirigió al desierto con el objeto de tomar unos desertores; uno de ellos armado de un fusil Remington le hizo fuego casi á quema ropa. La bala penetró en el cuarto superior de la pierna derecha un centímetro debajo de la tuberosidad anterior de la tibia y salió á la altura de los límites del tercio medio superior de la pantorrilla. Inmediatamente cayó en tierra, por cuyo golpe se fracturó el peroné en el tercio superior. Dos días estuvo tendido en la Pampa y bajo un sol abrasador hasta que ayudado por sus soldados en una angarilla improvisada con troncos de árboles pudo hacer la larga travesía hasta Villa Mercedes. Tres meses los pasó en los más crueles sufrimientos a pesar de las atenciones que le prodigaban y no queriendo sufrir una amputación que se creyó necesaria, se resolvió pasar a Buenos Ayres.

Explicaba luego el informe *cómo encontramos nosotros la cosa* y la ardua operación que realizó Pirovano, para concluir: *hoi el enfermo se halla completamente restablecido; un buen callo sólido une firmemente las extremidades óseas, notándose apenas un acortamiento del miembro.*

La cortesía vigente imponía interesarse por cómo evolucionaba la salud de los enfermos con los cuales se tuviera alguna relación. De modo que en casa de Damasita apareció un día la madre de Marcos y, otro, una hermana de Lucio,

vecina suya. Situación que pudo ser incómoda pero que solucionó la madre de la enferma, atendiendo amablemente a las visitantes sin hacerlas pasar al cuarto donde se recuperaba la paciente.

Capítulo 11: LIHUÉ CALEL

El combate del salitral se cobró buen número de víctimas. Como en aquellos encuentros no se hacían prisioneros, no hubo sobrevivientes indios. Las bajas entre la gente de Levalle fueron cinco muertos y varios heridos, de distinta gravedad. Entre ellos Lucio, con una puñalada profunda en el muslo.

Con la sobria resignación que confiere el duro oficio de las armas, los expedicionarios enterraron a sus compañeros caídos: un teniente y cuatro soldados, que fueron depositados en fosas cavadas lejos del agua. A filo de cuchillo se confeccionaron las toscas cruces que señalaban las sepulturas.

En cuanto a las heridas, fueron lavadas con aguardiente y vendadas lo mejor posible. Juan anunció que en Lihué Calel crecían yuyos que, aplicadas sobre ellas, favorecerían una rápida cicatrización. Y, analizado el tajo sufrido por Lucio, diagnosticó el baqueano:

-Curará bien.

Pasado el mediodía y después de comer rápidamente, Levalle ordenó montar y proseguir viaje, pues urgía llegar a las sierras para dar agua a los caballos, ya que la del salitral era imposible de beber. Los hombres, en cambio, se podían arreglar todavía con la que llevaban en cantimploras y damajuanas.

A medida que la columna se aproximaba a ellas, las sierras se veían con mayor claridad. Ya no se trataba de perfiles vagos recortándose a lo lejos. Ahora se apreciaban nítidamente los cerros más altos, sobresaliendo de entre aquellos,

menores, que completaban el conjunto. Y podía observarse el color rojizo de las rocas, salpicadas por manchones de líquenes dorados.

Aunque el dolor de la herida constituía un obstáculo para disfrutar el espectáculo, Lucio no pudo sustraerse a su belleza. En primer plano, el reguero de caballos progresando entre el monte bajo, azules las casacas, rojos los kepiés, reflejado el sol en las armas y agitados por la brisa los banderines atados a las lanzas de aquellos soldados que preferían batirse con ellas en vez de emplear sus sables. Incluso el pelaje variado de los *patrios* –zainos, alazanes, tordillos, gateados, overos- contribuía a animar el cuadro. Más allá, las montañas, cuyo volumen crecía al acortarse la distancia. Y, sobre ellas, el sol que empezaba a declinar.

Pero no estaban los soldados para disfrutar contemplando el panorama. La jornada había sido agotadora, incluyendo una marcha interminable y un duro combate. Pero, más que el cansancio, les abrumaba la preocupación de que no aguantaran sus montados, a los que acuciaba la sed. Se trataba de llegar pronto a las sierras para hallar agua. Todos estaban ilusionados con ello. Salvo Juan Huincul que, poniendo su overo a la par del bayo de Lucio, le dijo por lo bajo.

-Ojalá *haiga* agua.

-¿Qué ¿puede no haberla?- se sobresaltó el alférez.

-*Podería*. Es mala época.

-¿Pero no dijiste que en la sierras siempre hay agua?

-Lo de siempre es un decir nomás. Casi siempre. Pero, en lo más *juerte* del verano y si la seca es grande, hasta en las sierras falta agua.

-Pues habrá que rezar para que haya. Y no le digas nada a la gente porque le vas a tirar el ánimo al suelo. Le estoy empezando a tener miedo a tus anuncios. Vos anunciaste que Gerenal no se iba a entregar sin pelea y acertaste. A propósito, decime ¿qué quiere decir Gerenal?

-Quiere decir General, mal dicho. El cacique oyó que los generales son importantes y se puso ese nombre. Lo *mesmo* que el cacique José Cristo, que se quiso poner Jesucristo.

Atardecía cuando la columna alcanzó las sierras. Dejó un macizo a su derecha y enderezó hacia el valle que se abría al pie del cerro más alto, trepando a su ladera como una cuña amarilla de paja brava. En el valle, un grupo de grandes caldenes. Y el zanjón por donde había corrido un arroyo, cuyo fondo de piedra aparecía reseco.

-Remonte un poco el vallecito- ordenó Levalle a un suboficial. –A ver si hay agua más arriba.

Volvió el hombre al rato, informando.

-Ni una gota, mi coronel.

La cosa pintaba fiera.

Guiados por Juan, los expedicionarios avanzaron entre el cerro más alto y el que se alza a su derecha. La garganta es bastante ancha, flanqueada por rocas enormes.

-Vamos a seguir por acá- aconsejó Juan. –No muy lejos encontraremos un arroyo grande, que nace en el cerro alto y tiene un socavón que conserva agua mucho tiempo. Ahí se bañaba Namuncurá, que tenía su toldo cerca.

Tal como había dicho Juan, en el valle por donde marchaban se formaba el lecho de un arroyo, cada vez más profundo, tapizado de cantos rodados. Que, en un recodo, formaba una gran cavidad al pie de un barranco horadado por numerosas cuevas de loros barranqueros. Volaron los loros metiendo barullo. La cavidad estaba seca y no conservaba ni vestigios de humedad.

Levalle lo mandó llamar a Juan y le dijo:

-Vos que conocés las sierras ¿qué aconsejás que hagamos? Volver para atrás no podemos y si aquí no hallamos agua vaya a saber qué será de nosotros.

Se quedó pensando el baqueano y respondió por fin:

-Yo *siguiría pa* adelante por el zanjón. A la *güelta* de ese cerrito estaba la toldería de Namuncurá. Y capaz que quedan algunos toldos de Gerenal. En otro socavón como éste se sabía juntar agua. Y si *nolay*, se *podería* hacer un pozo en el fondo del zanjón, que a veces corre agua por abajo. Además, me parece que viene tormenta.

-Muy bien. Haremos lo que vos decís.

El valle se expandía, rodeando un cerro de poca altura. Prolongábase el zanjón entre pajonales y grupos de chañares. Unos pocos caldenes de buen porte aparecían junto a matas de cortadera. El cauce de otro arroyo, también seco, se unía al principal. A poco andar descubrieron los jinetes que, en lo alto de una barranca polvorienta, había algunos toldos, resto seguramente del aduar desmantelado con premura ante la noticia de haber sido derrotados por los *huincas* los lanceros de Gerenal.

Allí sólo quedaban chicos y viejas. Que contaban apenas con el agua necesaria para no morir de sed, según dijeron.

A cierta distancia del lugar que ocupara la toldería, bajo los caldenes, acampó la columna. El estado de la caballada era malo. Tanto que, debido a la sed, los animales ni pastaban.

Juan, el baqueano, trepó al pequeño cerro próximo. Y regresó con un puñado de hojas, que puso a hervir confeccionando con ellas una cataplasma que aplicó a la herida de Lucio. Quizá por sugestión, quizá a consecuencia de aquel remedio, éste experimentó cierto alivio.

Mientras la tropa dormía, Levalle se paseaba a largos pasos, desvelado, depositada su esperanza en la tormenta que, como alentadora posibilidad, había mencionado Juan.

Y, en efecto, avanzada la noche, algunos relámpagos cruzaron el cielo hacia el suroeste. Nubarrones sombríos velaron las estrellas y la expectativa de lluvia adquirió inminencia con el paso de las horas. Por fin, en plena madrugada, retumbaron los truenos, se encapotó el firmamento y, pronto, se hizo sentir el incomparable aroma de la tierra mojada, que llegaba en alas del viento.

-Estamos salvados- pensó Levalle, que seguía despierto.

Se equivocó, sin embargo.

Porque aquel tormentón, anunciado por la luminaria de los refucilos y la artillería de los truenos, sólo dejó un breve chaparrón a su paso, alejándose luego, campo adentro.

Decepcionado y presa de una gran desazón, se tendió Levalle para intentar dormir envuelto en su poncho.

No había amanecido cuando un extraño rumor despertó al coronel. Se trataba de un sonido sordo, que iba en aumento, animando las tinieblas. Puesto de pie, interrogó a uno de los centinelas:

-Soldado ¿qué está pasando?

-No lo sé, mi coronel.

Enseguida se dirigió a Juan, que ya estaba despierto y escuchaba con atención.

-¿Sabés qué es eso, Juan?

-No, pero lo empiezo a maliciar. Haga *dispertar* la tropa, coronel, y que se coloque en la faldita del cerro, lejos del zanjón.

No habían concluido los soldados de mudar el campamento de sitio cuando al rumor en alza se sumaron estremecimientos del suelo bajo las plantas de los hombres, sustraídos al sueño por la extraña novedad. Una ligera claridad se empezó a insinuar por el naciente.

Y fue entonces, a la indecisa luz del alba, que todos pudieron ver una escena extraordinaria: la escasa lluvia caída hacia medianoche, reunido y multiplicado su caudal en el plano descendente de las laderas, había venido a formar pequeñas corrientes que, sumadas, formaron a su vez otras mayores. Convertidas en cursos impetuosos que se volcaron en el cauce del torrente, cerca del cual se había establecido el campamento. Torrente que oficiaba de desagüe para las sierras, conduciendo hacia la travesía las aguas que no hubieran quedado retenidas en remansos o socavones.

Y aquel sonido que despertara a Levalle lo producían las piedras que arrastraba el frente de la inundación, junto con un revoltijo de ramas y de barro. La riada llenaba el zanjón de borde a borde y hasta parecía levantarse formando un lomo en el centro de la corriente embravecida. Costó contener los caballos, enloquecidos al oler el agua.

-¡Gracias a Dios!- gritó Levalle. Para agregar seguidamente: -¡Aguanten la caballada hasta que el agua corra más serena y no haya peligro de que alguna piedra le quiebre la pata a un mancarrón!

Al salir el sol, alumbró el reconfortante panorama que ofrecía el cauce desbordado del torrente, el verde de la vegetación recién lavada y los chispazos que encendían los *lloraderos* allá arriba, cerca de las cumbres.

Después de las penurias sufridas, el primer día en las sierras fue dedicado al descanso, a la curación de los heridos, a reacondicionar el equipo y a repasar las armas. También autorizó Levalle que su gente conociera el bello lugar donde se hallaba, pues no habían quedado indios de pelea en las cercanías.

Juan colocó otra cataplasma de yuyos sobre la herida de Lucio y, desarmado, se dirigió a los toldos para charlar en araucano con las mujeres y obtener la información que conviene posea un baqueano.

Su principal interlocutora fue una vieja desdentada, cuyo aspecto permitía sospechar su condición de *machi*, es decir de bruja. Una vincha adornada con cuentas le sujetaba el pelo canoso y un rebozo negro le cubría los hombros. Era amable la sonrisa que animaba su cara arada de arrugas. Pronto hizo Juan buena relación con ella y, después de asegurarse de que aquello no implicaba una imprudencia, le preguntó si se avendría a curar los heridos que le trajera.

Accedió la vieja y, durante toda la mañana, Juan, ayudado por dos soldados, le fue llevando las víctimas sobrevivientes del combate sostenido el día anterior. Que fueron tratadas con hierbas hervidas, untos de todo tipo, vísceras secadas al sol y fórmulas monocordes recitadas sobre pociones extrañas. En cualquier caso, tal terapéutica no les hizo mal a los pacientes y, por el contrario, consiguió reanimarlos bastante. Salvo el caso de uno de ellos, que era el único grave, alcanzado por un lanzazo.

Lucio no se sentía en condiciones de moverse mucho. De manera que se pasó la mañana tomando mate bajo un chañar y disfrutando del paisaje que tenía ante sus ojos. En eso estaba, cerca del mediodía, cuando le llamó la atención un fulgor súbito que partió de la copa de un caldén.

Fue algo así como un lamparazo repentino que no volvió a repetirse. Pero que el alférez vio con claridad, estando seguro de no haberse engañado.

En uno de los viajes de ida y vuelta que realizaba Juan, llevando y trayendo heridos, le interrogó sobre el particular. Consideró el baqueano la cosa, se hizo indicar el árbol del que surgiera la luz, que era un ejemplar grande y solitario distante medio kilómetro a lo sumo. Por fin se le ocurrió una hipótesis plausible:

-Por ai es un árbol de gualicho, vaya a saber. A la tarde vamo a dir juntos pa curiosear. A usté moverse un poco no le vendrá mal.

Así lo hicieron. Cumplido el rito de la siesta, Juan y Lucio se dirigieron hacia aquel caldén. Lucio se había fabricado un bastón con una rama desbastada a cuchillo y se apoyaba en el hombro de su acompañante.

Y nuevamente la presunción de Juan resultó acertada. Se trataba, en efecto, de un Árbol de Gualicho, o sea de una planta que los indios consideraban sagrada por habitar en ella un espíritu, *gualicho* o *gualichú*, al que era preciso aplacar mediante ofrendas colgadas de las ramas.

Multitud de éstas podían observarse entre el follaje. Lanas de colores, collares de cuentas, espejitos, pedazos de vidrio, trenzas de cerda, zarandajas de barro cocido, piedritas brillantes.

-Vea, mi alférez. Seguro que el sol se reflejó en un espejito y de ahí salió el relumbrón que *usté* vio.

-Así ha de haber sido nomás. ¿Vos creés que me podré llevar alguna de esas ofrendas de recuerdo?

-¡No, no haga eso! ¡Esas cosas no se tocan!

En el tono de Juan había auténtico sobresalto, de modo que Lucio prefirió abstenerse de tomar alguna de aquellas chucherías.

Repuesta la tropa y la caballada, Levalle resolvió completar su cometido, llevando la exploración iniciada hasta el Chadí Leufú, luego de bordear parte de la Urré Lauquén. Y decidió también que los heridos quedaran en Lihué Calel, bajo la responsabilidad de Lucio y con la asistencia de Juan, que era quien se entendía con la *machi* para que ésta prosiguiera tratándolos. Pero, antes de partir Levalle, murió el soldado que se hallaba grave.

Se cavó una sepultura junto a un chañar, donde fue depositado el cuerpo del milico ante la tropa formada. Levalle pronunció una oración y el trompa dejó escuchar el toque de silencio, cuyo eco devolvieron los cerros. Concluida aquella breve ceremonia la columna inició su marcha, dirigiéndose hacia el poniente.

A media tarde Juan ayudó a Lucio para montar y, al tranco de sus caballos, ambos remontaron el valle, con intención de que Galván fuera conociendo mejor las sierras.

Llegados al arroyo que confluía con el zanjón principal, siguieron su curso. Que corría entre barrancas abruptas y, luego, empezaba a encajonarse en un cañón estrecho, flanqueado por piedras rojizas. Alegres cascadas saltaban en los desniveles y, junto a la orilla de los remansos, crecían helechos verde claro.

Por allí ya no podían avanzar los caballos, de modo que desmontaron sus jinetes y, apoyado Lucio en el hombro de Juan, ambos siguieron subiendo corto trecho.

-Aguante un poco que acá cerquita está la cueva pintada- invitó Juan.

Y, en efecto, después de costear dos remansos, se encontraron ante una gruta de poca profundidad, cavada en un peñasco lleno de recovecos y anfractuosidades. Atadas o depositadas allí se veían ofrendas análogas a las que aparecían en el Árbol de Gualicho. Y, pintados en los huecos de la piedra, motivos en rojo y negro.

Uno eran tres cruces sucesivas, unidas por sus brazos horizontales; otro, dos ojos dibujados en sendos huecos que aparecían como sus órbitas; algunos recordaban el rastro de un avestruz, espirales o signos abstractos; otro recordaba la caparazón de un peludo.

Después de observar aquello con interés, pregunto Lucio:

-Y estas pinturas ¿son pampas o araucanas?

-No sé, pienso que son pampas, pintadas por mi gente.

Regresaron al campamento para almorzar. Cosa que hicieron todos los heridos, reunidos, disfrutando de algunas variantes respecto a lo que comieran desde su partida. Con maña y destreza los soldados se las habían arreglado para cazar tres vizcachas y dos piches, amén de una iguana cuya cola constituye un bocado delicioso.

Concluida la siesta y atemperado el calor, Juan le propuso a Lucio mostrarle otros lugares de las sierras que merecían conocerse. Nuevamente a caballo y al tranco, llegaron hasta un valle que corre entre dos cordones de montañas, algo separados del núcleo principal. Había allí un grupo importante de *sombras de toro*, de mala sombra según dicen los paisanos, follaje espeso y hojas cruciformes con una espinita en sus extremos. Estaban bajo los árboles cuando indicó Juan:

-Mire para arriba, mi alférez.

Y lo que vio Lucio fueron unos pequeños cajones, de maderas mal ajustadas, atados a las horquetas de los árboles.

-¿Qué es eso?

-Cajones de angelitos.

-¿De angelitos?

-Sí, de criaturas que murieron siendo muy chicas. Porque fallecieron siendo enteramente inocentes las llaman angelitos.

-Pero esa parece una creencia cristiana.

-Algunas creencias de ustedes también las tenemos nosotros, como ser la vida *dispué* de la muerte, el premio y el castigo *pa siempre...* Parte ya las teníamos, parte nos la pasaron los *pagrecitos*.

¿Qué padrecitos? ¿Los jesuitas que dicen que anduvieron por aquí?

-No, de esos no sé nada. Hablo de los que andan por la frontera enseñando la *doctrina*.

-¿Y vos qué creés de la religión?

-Que algo de cierto ha de tener. El coronel ha traído un padre cura a Carhué. Pienso preguntarle cosas. ¿Y *usté* qué cree?

-Yo creo todo. Aunque a veces descuide algunas cosas. Igual que vos, creo en que hay otra vida, un premio o un castigo eternos, que Tata Dios vela por nosotros. Y más aún, creo que Jesucristo es el Hijo de Dios y que la Virgen María es su madre y madre nuestra. No soportaría la idea de estar sujeto a los caprichos malignos de diablo, de *Huecubú* como le dicen ustedes. Y necesito creer que hay una manera de hacernos perdonar lo que hayamos hecho mal.

-En todo lo que ha dicho estoy de acuerdo con *usté*. Por eso quiero enterarme más.

Esta sencilla y profunda conversación teológica tenía lugar mientras Lucio y Juan, dejando atrás el Valle de los Angelitos se dirigían a aquella cueva sin fondo que mencionara éste días atrás. Avanzaban sobre un terreno blanco como ceniza,

entre el fachinal de arbustos bajos y espinosos, con el macizo central de las sierras al frente, algo a la derecha.

Llegaron por fin a una pequeña loma, cubierta de vegetación y estriada por vetas de piedra, en cuya vertiente noreste se abría la boca transversal de una caverna. Larga y baja, tapizado su suelo de guijarros y con algunas raíces que colgaban de su parte superior. Desde el interior subía un fuerte olor a encerrado y a bosta de vizcacha.

-Y ya que estuvimos nombrando al demonio, dicen que acá se junta el diablo grande con los diablos chicos- hizo saber Juan. -Y dicen también que al caer la tarde se escucha el tropel de los diablos que vienen para *riunirse*.

-Salamanca las llaman en el norte a las cuevas donde aseguran que se reúnen los diablos. ¿Y vos creés que eso sucede aquí?

-Creo y no creo.

Lucio se quedó en la entrada de la cueva, pues su herida le molestaba para movilizarse. Juan entró hasta donde la oscuridad se lo permitió. Salió lleno de polvo.

-Vos dijiste que esto no tiene fondo.

-Dije que *nenguno* llegó hasta el fondo. Cuentan que, entrando un poco, hay un pozo muy hondo. Y que de la *paré* del pozo salen dos galerías. Pero *naidés* ha *cruzau* el pozo.

El sol se había ocultado ya tras las sierras, aunque aún estaba sobre el horizonte. Una gran paz reinaba en el lugar mientras los jinetes volvían al campamento. Parecía que las sombras subían desde los valles para teñir de violeta la falda de los cerros. En lo alto giraban varios buitres, que tenían su dormitorio no lejos de aquel socavón donde se bañara Namuncurá y que ahora estaba nuevamente lleno de agua.

-Con razón estas sierras se llaman *Lugar de la Vida*- comento Lucio.

-No se sabe bien si Lihué Calel quiera decir eso, como piensan algunos. Otros creen que *sinifica Lugar de las piedras color carne*. Pa mí que anda por ahí la cosa. Y capaz que es palabra pampa: *Lil*, piedra; *hué*, lugar; *Calel*, carne, carne viva.

-¿Y qué hay del tesoro de los jesuitas?

-De eso no sé nada más de lo que dije. Y nada más he de saber. No creo que ningún paisano cuente *ande* está. Si es que lo sabe y si es que hay tesoro. Capaz que la historia *risulta* pura fantasía.

Apenas tuvieron que desviarse del rumbo que llevaban para poder ver los últimos ejemplares sobrevivientes de aquellos durazneros que, en el pasado, habían conformado los montes que indios y cristianos mencionaban como existentes en Lihué Calel. Los que quedaban eran unos pocos árboles, viejos de toda vejez, cuyos troncos carcomidos sostenían ramas con escasas hojas.

Dichos montes constituían un verdadero enigma ya que, necesariamente, alguien debió plantarlos alguna vez, pues los durazneros no se daban naturalmente allí. Pero los indios no cultivaban frutales y los primeros argentinos que alcanzaran las sierras eran los hombres de Levalle. De modo que, tal como lo señalara oportunamente el mayor Soler, sólo los españoles habían podido hacerlo siglos atrás, en virtud de una incursión de la cual poco se sabe.

Lucio y Juan se quedaron contemplando tan enigmáticos testimonios de un pasado secular. Y aleteó sobre ellos el hechizo misterioso de la Ciudad de los Césares.

Después de fundado el fuerte de Sancti Spíritu, Sebastián Gaboto despachó un grupo de hombres para explorar el país, tierra adentro, al mando del capitán Francisco César. Demoraron esos hombres su regreso. Y, cuando llegaron algunos de ellos, afirmaron haber visto maravillas: indios pacíficos, vestidos con ricas telas, que comían valiéndose de vajillas de oro y habitaban casas con paredes de plata; árboles que daban frutos desconocidos y dulcísimos; lagos y fuentes de agua cristalina; carneros de la tierra que servían para transportar cargas y que se podían esquilar...Tiempo después volvieron el capitán Jerónimo Romero y otros integrantes del grupo, que se habían extraviado. Contando maravillas que superaban incluso las relatadas por sus compañeros. A partir de entonces se empezó a hablar de Los Césares, la Ciudad de César, la Ciudad de los Césares. A cuyo respecto se añadían nuevas maravillas.

Pasaron los años, incluso los siglos, y partieron numerosas expediciones en busca de la Ciudad Encantada. Se la buscó a lo ancho y a lo largo de la

Gobernación del Río de la Plata. Lagasca, Juan de Rojas, Garay, Hernandarias. Cada vez más al sur.

Hasta que se empezaron a tener noticias de otra ciudad encantada, que bien pudo ser la misma Ciudad Encantada, más allá del País de las Manzanas, poblada por hombres blancos, barbados y con viejas espadas de hierro, náufragos quizás. Nueva ciudad encantada, que pudo ser o no la esquiva Ciudad de César o De los Césares, pero que ahora se llamó Trapalanda.

El santo padre Mascardi, jesuita, consideró su deber marchar en busca de Trapalanda pues, si estaba habitada por cristianos, éstos estarían necesitados de auxilios espirituales. Y allá fue, desde el País de las Manzanas hasta la orilla del Atlántico, cruzando las soledades patagónicas. Allá fue el padre Mascardi-santo varón- en ejercicio de su ministerio. Y allá fue muerto por los indios sin haber hallado Trapalanda. O la Ciudad de César. O la ciudad de los Césares.

Recorrió Levalle las márgenes de la Urré Lauquén, *Laguna de las Brumas*, vasta extensión salitrosa de vegetación pobrísima, formada por los desbordes del Chadí Leufú o Curacó, *Agua de la Piedra*. Algún toldo hallaron en su exploración, habitado por indios misérrimos que costaba creer pudieran subsistir en ese medio inhóspito. Alcanzado el río, comprobaron que, debido a la gran sequía, se reducía a un hilo de agua salobre que serpenteaba por el cauce calcinado. Situación que varía totalmente cuando los deshielos de la cordillera, conducidos por el Atuel y el Diamante, transforman al Chadí Leufú en un curso impetuoso, pródigo en rápidos y remolinos.

Consideró Levalle la posibilidad de seguir el lecho hasta más allá de la Urré Lauquén, a fin de establecer dónde vuelca sus aguas. Abandonó la idea, sin embargo, pues su misión consistía en alcanzar el Chadí Leufú, cosa que había cumplido, y no remontarlo arriesgando hombres y caballos en una incursión que no sabía cuánto podría prolongarse y que implicaba seguir transitando la terrible travesía por tiempo indefinido. El baqueano que lo acompañaba, por otra parte, le informó que, por lo que sabía, el río desembocaba en una laguna profunda donde se extinguía su caudal. Años después, otros corroborarían la información del baqueano y denominarían *La Amarga* a esa laguna.

Al regresar Levalle a Lihué Calel, Lucio y los demás heridos se hallaban en condiciones de sumarse a la columna y emprender juntos el regreso. Había quedado comprobado que, muy probablemente, la expedición que emprendería el general Roca hallaría despejado su camino hacia el Río Negro.

Capítulo 12: DUELO ENTRE CALDENES

Al igual que los heridos cuya recuperación les permitiera emprender la vuelta desde Lihué Calel, gracias a los buenos oficios del doctor Pirovano y a su constitución robusta Damasita iniciaba la convalecencia de su enfermedad. También mejoraba de su dolencia sentimental pues, a partir de la conversación que sostuviera con don Ignacio, había empezado a ver las cosas con claridad suficiente como para tomar una decisión acertada en tal aspecto.

Por último, resuelta, confió a la mensajería que vinculaba Buenos Aires con Trenque Lauquen una carta dirigida a Marcos Gutiérrez, en la cual le comunicaba que, para bien de ambos, convenía dejar en suspenso su noviazgo, a fin de que el tiempo les permitiera confirmar la subsistencia del sentimiento que los uniera tiempo atrás.

Al recibir aquella carta a Marcos le sobrevino un acceso de rabia, dirigido en primer lugar contra Lucio.

-Me las va a pagar- se repetía.

Una vez que retomó el mando del fortín Mari Lauquen, Lucio pudo comprobar que el sargento Acosta había manejado las cosas satisfactoriamente durante su ausencia. El fortín se mantenía limpio, la tropa estaba más o menos presentable, en la huerta seguían creciendo las legumbres y se multiplicaban los zapallos, los melones y las hileras de maíz. Por otra parte, no se habían visto indios en las inmediaciones, seguramente como consecuencia de la embestida realizada por Levalle. Si bien, en esta materia, jamás había que confiarse pues los salvajes,

corridos por una incursión militar, solían reaparecer cuando menos se los esperaba para golpear por sorpresa en otra parte.

Incluso, luego de considerar el asunto con Nicolai, el sargento Acosta había permitido que los soldados salieran a bolear avestruces, tomando parte él mismo en tal ejercicio de habilidad que entusiasmaba a los criollos y, a la vez, servía para proveer de comida al fortín, ya que los *alones* y la *picana* de los ñandúes son comestibles y no falta quien los considere apetitosos. Además, los milicos vendían luego las plumas de sus presas a un par de acopiadores de Trenque Lauquen. Acopiadores éstos que también obtenían plumas y cueros de los indios, cambiándolos por azúcar, yerba, tabaco o ginebra.

Aristegui era uno de estos comerciantes; el otro, un turco conocido por Simón. Gozaba el primero de buena fama, no así el segundo pues se decía que, amén de aprovecharse de los indios en sus trueques, recibía de ellos objetos robados en sus correrías depredatorias. Lo que sí, coraje no le faltaba ya que solía llegarse a las tolderías a bordo de su carricoche, para concertar allí sus negocios de tome-y-traiga. Algunas malas lenguas, incluso, afirmaban que Simón había alentado algún malón para lucrar con lo obtenido por los salvajes en su incursión. Pero eso nunca llegó a probarse.

La noche de su llegada pudo Lucio, por fin, dormir en un catre que, después de muchos días de hacerlo a la intemperie y sobre el duro suelo, le pareció el más mullido de los lechos.

Realizó a la mañana siguiente una inspección de equipo y, a continuación, se dirigió a los ranchos de las mujeres para interesarse por ellas, cosa que agradecían y no resultaba nada frecuente por parte de quienes comandaban los fortines. Al

encontrarse con aquella a la cual le encomendara el cuidado de la quinta le preguntó:

-¿Y? ¿Ya sembró las semillas que le traje?

-Sí, señor.

-¿Brotó alguna?

-Sí, señor. *Vamo* a tener bastante verdura.

-Está bueno.

Hacia mediodía lo convocó al Ruso, encomendándole a Manuel que les cebara mate.

-Veo que las cosas han andado bien por aquí- le comentó para empezar la conversación.

-Sí, mi alférez. ¿Y a *usté* cómo le fue?

Entre el ir y venir del mate relató Lucio, circunstanciadamente, los incidente de la misión cumplida al lado de Levalle, su visita a las Salinas Grandes y a Trarú Lauquen, el combate con Gernal, las cosas vistas en Lihué Calel. Escuchaba Nicolai con suma atención y, concluido el relato, preguntó de sopetón:

-¿Por qué *usté* estar rengo?

-Me dieron un puntazo en la pierna cuando nos agarramos en el salitral.

-¿Y cómo *estar* ahora?

-Bastante bien.

-A ver, *pírmítame*.

Se quitó Lucio la bota y se subió el pantalón.

Nicolai le quitó el vendaje y observó la herida. Por sin diagnosticó.

-Si, *estar* bastante bien. Pero va a estar mejor.

Salió el Ruso y al rato estuvo de vuelta, llevando en la mano un frasquito sin etiqueta alguna. Aclaró enseguida:

-Remedio de cosacos. *Mucho bueno*.

Con un trapo relativamente limpio aplicó sobre la herida un líquido oscuro y dijo:

-Mañana le vuelvo a poner. En tres días está curado.

-Muchas gracias.

Acertó Nicolai con su anuncio. Tres días después, la herida de Lucio había cicatrizado. En cuanto a éste, respetó la reserva del Ruso y no le preguntó en qué consistía aquel remedio de cosacos. Que ardía de lo lindo.

Las jornadas se sucedieron conforme a la rutina cuartelera que imperaba en el fortín. Llegaba el otoño, cedía el calor y los días se acortaban.

La tranquilidad puso alas a la imaginación de Lucio, que empezó a preguntarse insistentemente qué determinación habría tomado Damasita con respecto al consejo que le diera sobre su noviazgo con Marcos.

-Bueno- se dijo Lucio, - lo mismo ha podido resolver algo o dejar las cosas como estaban nomás. –Pero sería un crimen que se casara con Gutiérrez. Llegaría a ser una desgraciada. Ella y también él.

-¡Dos jinetes viniendo de adentro!- informó el vigía desde lo alto del mangrullo. Y agregó de inmediato:

-¡Son amigos, tienen uniforme!

Se trataba, efectivamente, de un oficial y un soldado que, pronto, se encontraban a las puertas del fortín. Salió a recibirlos el sargento Acosta que, después de cambiar unas palabras con los recién venidos, pegó el grito:

-¡Parte para el alférez Galván!

Salió Lucio de su alojamiento y, sobresaltado, topó con Marcos Gutiérrez.

Se cuadró y lo saludó con fría exactitud.

-Buenas tardes, alférez- respondió Marcos al saludo. –Vengo en visita de inspección.

-A la orden, mi capitán.

Desgraciada situación, pensó Lucio. Y se me hace que no es ésta una inspección de rutina sino que obedece a otros motivos. Después, dirigiéndose a un soldado, le ordenó:

-Hágase cargo del caballo del capitán.

Desmontó éste y, encerrados ambos en un silencio hostil, se dirigió con Lucio al rancho que oficiaba de comandancia del fortín y que, además, era el alojamiento del comandante.

-¿Lleva usted un parte diario?

-Sí, mi capitán.

-Déjemelo ver.

Repasó Gutiérrez las hojas del libro, donde se repetían anotaciones casi idénticas. Se hizo informar luego sobre detalles de adiestramiento de la tropa, mujeres y chicos agregados a la dotación, estado de la caballada, aprovisionamiento y atrasos en el pago de los sueldos. Información ociosa esta última, desde el momento que la liquidación de haberes, sumamente irregular por

cierto, se realizaba desde Trenque Lauquen. Cumplidos tales trámites por pura formalidad, dijo Marcos:

-Vamos a recorrer las instalaciones.

Y allá fueron los dos hombres, sin cruzar palabra.

Aunque Gutiérrez jamás lo reconocería, halló el fortín en condiciones inmejorables: limpio, blanqueados los ranchos, firmes las estacadas, cuidada la huerta. También los caballos lucían en buen estado.

Por fin, aproximándose a la finalidad real de su visita, preguntó:

-¿Se han visto indios últimamente?

-No, mi capitán. Y sería raro verlos, después de la batida que ha hecho el Coronel Levalle.

-De todas maneras, mañana nos internaremos en el desierto usted y yo, para comprobar cómo están las cosas.

-¿Cuántos soldados llevaremos?

-Ninguno. Iremos solos.

-¿Cómo dice?

-Que iremos solos.

-Permítame, mi capitán. Si no hay indios, realizar esa descubierta habrá sido inútil. Y si los hay, sería una temeridad.

-No le he pedido opinión. Iremos sólo los dos. ¿O es que tiene miedo?

-Usted manda, mi capitán.

Comprendió Lucio el motivo de la inspección que Marcos estaba llevando a cabo. Quién sabe con qué pretextos habría justificado la conveniencia de realizarla, reducida al Fortín Mari Lauquen o, para encubrir su verdadera finalidad, ampliada a otros fuertes de la línea, en jurisdicción de la Comandancia de Trenque Lauquen.

Sí, Gutiérrez había venido para batirse con él, concretando campo afuera el duelo pendiente entre ellos. Es decir, había venido a matarlo, ya que seguramente no consideraba siquiera la posibilidad de resultar vencido en el encuentro.

Y el modo de eliminarlo sin aparecer como culpable de ello era muy sencillo: que el lance tuviera lugar en pleno desierto, sin testigos. Total, echar la culpa a los indios de la muerte de Lucio no ofrecería ninguna dificultad. Y si, con motivo del enfrentamiento él, Marcos, recibía alguna herida, era frecuente recibirlas en los choques con los salvajes.

El único punto flojo en el plan que Lucio atribuyó a Marcos consistía en que, vistas las cosas objetivamente, nadie dejaría de advertir que internarse en el desierto dos oficiales sin escolta constituía una osadía difícil de justificar.

Sin embargo, se dijo Lucio, las demostraciones gratuitas de coraje no resultaban raras en la frontera y cuanto más temerarias fueran más consideración merecían por parte de hombres que hacían del valor personal el mayor de los atributos del soldado.

-Bueno- pensó. –Si tengo que batirme me batiré. Aunque yo no haya buscado este duelo.

Lucio cedió a Marcos su catre en la comandancia del fortín y se fue a dormir al rancho que oficiaba de depósito y arsenal. Apenas rayaba el alba cuando, informando vagamente que salían para hacer una descubierta, partieron hacia el sudoeste.

La tensión entre ambos jinetes era insoportable. Marchaban en silencio, conscientes del malestar que soportaban y sumido cada cual en sus pensamientos. Como si advirtieran la situación, los caballos galopaban en forma desacompasada y hasta uno de ellos mordía la pata del freno a fin de resistir el gobierno de las riendas.

Hacia mediodía echaron pie a tierra, para comer un pedazo de carne que Lucio extrajera de su maleta y pusiera a asar, cuidando que el fuego encendido no produjera mucho humo, ya que era peligroso delatar su presencia a eventuales bomberos araucanos. Concluido en silencio el frugal almuerzo, en silencio continuaron viaje.

El panorama circundante le resultaba conocido a Lucio, por cuanto no hacía mucho que transitara la zona en procura de las Salinas Grandes. Pronto empezaron

a aparecer caldenes aislados, adelantadas de los grandes montes que empezaban a azulear el horizonte. Los cuales alcanzaron al caer la tarde, adentrándose en ellos hasta encontrar un limpión propicio para acampar.

-Haremos noche aquí- resolvió Marcos. –Y mañana, después de tomar unos mates, solucionaremos nuestro asunto.

Era aquella, sin duda, una situación absurda: dos hombres durmiendo uno al lado del otro, antes de batirse entre sí, en un duelo que seguramente costaría la vida a uno de ellos.

Marcos disfrutaba la posibilidad de vengar lo que consideraba un agravio intolerable, o sea que el encuentro con Lucio hubiera suscitado en Damasita las dudas que la llevaran a concluir con su noviazgo. Admitía Gutiérrez que había sido un romance tempestuoso, pero en modo alguno estaba dispuesto a perdonar que la reaparición de un antiguo enamorado fuera la causa para que ella lo diera por terminado. Su amor propio herido lo impulsaba a desquitarse y así lo haría a la mañana siguiente.

En cuanto a Lucio, ignoraba algunos aspectos del caso, por cuanto no sabía que Damasita, siguiendo su consejo y el del doctor Pirovano, hubiera postergado sin término el casamiento con Marcos. Pero sospechaba que algo así podía haber ocurrido, reforzando la decisión de éste en cuanto a batirse. En realidad –pensó-, no soy yo el que he buscado este duelo ni tengo mayor interés en sostenerlo. Más aún, preferiría evitarlo. Pero eso no está en mis manos y no puedo portarme como un cobarde. Además, ya que me veo obligado a combatir, no va a ser para dejarme ensartar como un pollo.

Según le sucediera en oportunidades anteriores, sintió Lucio que lo invadía una gran tranquilidad antes de pelear. Tranquilidad que le permitía mantener la mente despejada para guiar su brazo.

Aunque sabía que, estando en territorio indio, la prudencia aconsejaba velar por turno, decidió Lucio que disponer tal medida correspondía a su superior, que por algo era capitán siendo él alférez. De modo que consideró que aquello no le incumbía y se quedó dormido. También dormía Gutiérrez.

La escena que protagonizaban ambos tenía ribetes de drama clásico. Aunque el teatro donde se desarrollaba fuera un monte de caldenes en la soledad de la pampa argentina.

La media luz del amanecer despertó a los adversarios. Lucio, admitiendo la preeminencia del grado de Marcos, preparó él los mates que ambos tomaron en silencio. Pasado un rato, dijo Gutiérrez.

-Bueno, vamos. Dejemos aquí los revólveres porque la cosa será a sable, en medio de este claro.

Se trataba de un descampado entre los árboles, cubierto de paja brava. Hacia el medio del mismo se dirigieron los rivales.

Además de dejar los revólveres, uno y otro habían abandonado la vaina de sus sables, despojándose también de chaquetillas y kepíes, amén de anudarse una

vincha para que el pelo no les entorpeciera la visión y de enrollar el poncho en el brazo izquierdo.

Alcanzada la mitad del claro, los contendientes se situaron uno frente a otro, separados por poca distancia. Con cierto formalismo, chocaron sus aceros a modo de saludo. El sol había ganado altura e iluminaba vivamente la escena. Gritó Marcos:

-¡En guardia!

Y tiró un tremendo sablazo que Lucio desvió con un quite, quedando a la espera del ataque siguiente. Porque, confiando en su destreza, se proponía neutralizar las sucesivas embestidas de Gutiérrez, a fin de cansarlo y desalentarlo antes de contraatacar. Por otra parte, no tenía interés ni apuro en herir a Marcos. Saltó hacia un costado para evitar ser alcanzado por el segundo golpe arrojado por su oponente.

Y fue en ese instante cuando, surgidos de entre los caldenes, se precipitaron sobre ellos tres indios a todo galope, blandiendo las lanzas y profiriendo alaridos.

Marcos se plantó ante ellos, dispuesto a enfrentarlos sable en mano.

Lucio, ejercitando la lúcida frialdad que le invadía en los momentos de mayor peligro, retrocedió corriendo, alcanzó el lugar donde habían dejado ropa, armas y caballos, manoteó los revólveres y regresó velozmente al terreno del duelo, en medio del claro, donde Gutiérrez enfrentaba a los salvajes. Mientras se aproximaba, disparó dos veces sobre uno de ellos, que cayó mortalmente herido.

Inmediatamente le entregó un revólver a Marcos y, espalda contra espalda, aquellos dos hombres, que poco antes se batían entre ellos, enfrentaban juntos al enemigo común.

Aunque la pelea se había emparejado con la caída de uno de los indios, la situación seguía siendo comprometida. Los jinetes hacían girar sus montados alrededor de los oficiales, buscando un hueco para alcanzarlos con sus lanzas mientras revoleaban las boleadoras sobre la cabeza, a fin de soltarlas en el momento oportuno.

Tanto Lucio como Gutiérrez habían fallado un par de tiros cuando uno de los indios pudo herir a éste con un lanzazo en mitad del pecho. Como el agresor no pudo retirar la lanza de inmediato, Lucio tuvo oportunidad de intervenir y partirle el brazo de un sablazo, dejándolo fuera de combate.

Al ver que se había quedado sólo, el último de los salvajes se dio a la fuga, recibiendo su caballo un disparo en el anca.

Sin enemigos a la vista, Lucio se inclinó sobre Marcos, comprobando que la lanza lo había atravesado de parte a parte y que sangraba abundantemente.

-Estoy liquidado- dijo Marcos.

-Quién sabe- replicó Lucio. –Vamos a ver qué se puede hacer. Aguante que le voy a quitar la lanza.

Y procedió a realizar la sangrienta maniobra aconsejada para casos como ese. Cortó la lanza a poca distancia de la piel y, en vez de intentar arrancarla, la empujó suavemente hasta que el hierro apareció por la espalda. Después tiró del mismo, quedándose con él y con la astilla de tacuara a la que estaba adherido.

La operación había sido terriblemente dolorosa pero rápida. Extraída la moharra, Lucio desinfectó la herida con ginebra, la taponó con una venda confeccionada con el género de su camisa y dijo:

-Y ahora, de vuelta al fortín.

-He sido un estúpido- replicó Gutiérrez, con voz quebrada. –Mire en la que lo he metido por una cuestión de amor propio.

-No es momento para reproches. ¿Podrá sostenerse a caballo si lo subo en el suyo?

-No sé. Voy a intentarlo.

Lucio levantó campamento y, con infinitas precauciones, colocó a Marcos sobre su montura, indicándole que se aferrara a ella y que, en el peor de los casos, se dejara caer sobre el cogote del animal manteniendo el equilibrio a toda costa. Después montó él en su bayo y, con el otro animal de tiro, emprendió la marcha.

-Espero que el indio no vuelva con algunos compañeros- se dijo. –Y que el capitán no se me muera en el camino.

Si larga había sido la marcha de ida, infinitamente más larga le pareció a Lucio la de regreso. Avanzaban al paso, bamboleándose Marcos en su montado, pálido como un cadáver y sobrellevando con esfuerzo la sed abrasadora que le producía la pérdida de sangre. De vez en cuando se interrumpía el avance, apeándose Lucio para darle agua al herido y confortarlo con un trago de ginebra.

No se detuvieron a mediodía. Incapaz de cabalgar erguido, Marcos se había recostado sobre el tuse del caballo y, afirmado en los estribos, mantenía el equilibrio penosamente. Poco antes de ponerse el sol se derrumbó.

En vez de montarlo nuevamente, estimó Lucio que no había más remedio que hacer alto, para darles un descanso a Marcos y a los caballos. También él comería algo a fin de reponer fuerzas.

Así lo hicieron. Gutiérrez volaba de fiebre y deliraba a ratos.

En un momento de lucidez, informó a Lucio:

-Alférez, por lo que usted está haciendo, merece saber toda la verdad. Damasia me ha escrito para romper nuestro noviazgo y esa causa se sumó a los motivos por los cuales yo quería matarlo.

-Olvídese del asunto por ahora. Debemos llegar al fortín de cualquier manera para que lo curen.

-Dudo de que salga de ésta. Y confío en que Dios me perdone si me lleva al otro mundo.

Nuevamente pasaron los dos hombres la noche juntos, bajo las estrellas. Marcos perdía el conocimiento de tanto en tanto y mencionaba a veces pasajes de su infancia, retrocediendo en el tiempo por influjo de la fiebre.

Mucho antes de que empezara a clarear, estaban nuevamente a caballo. Pero, transcurridas unas horas, Marcos se volvió a caer, incapaz de permanecer montado.

Lucio lo recogió y, con dificultad y mil precauciones, lo subió a su bayo y lo rodeó con un brazo, sosteniéndolo delante de él. Soltó el caballo del herido que, en vez de escaparse, los siguió mansamente, como si no quisiera abandonarlos.

Mientras seguían adelante, por asociación de ideas con la situación que estaba viviendo, recordó Lucio su discusión con el infortunado Agapito Peñascales, oportunidad en que le dijera que el oficio del soldado no es el mismo que el de una Hermana de la Caridad. Y ocurría que, ahora, su cometido se parecía mucho al de las beneméritas religiosas.

Puesto el sol, resolvió el alférez proseguir la marcha, pues no creía que el estado de Marcos le permitiera sobrevivir a otra noche en descampado. Afortunadamente una luna clarísima bañaba la llanura en azogue, permitiéndole conservar el rumbo.

Dudaba ya de sus propias fuerzas, entumecido el brazo que sostenía al herido, el cual amagaba escurrírsele cada vez que el caballo tropezaba o cambiaba el paso.

Y declinaba la luna cuando su reflejo en la laguna próxima al fortín le reveló que se acercaban a éste. Para lograr que salieran a buscarlos sacó el revólver y disparó dos tiros al aire.

Dormitaba el centinela en plena madrugada, cuando lo sobresaltó el sonido de los disparos. Dio el alerta de inmediato y, poco después, un grupo de jinetes, comandado por el sargento Acosta, abandonaba el fortín para realizar una descubierta en la dirección en que se oyeran los tiros.

Hacia allí se dirigían cuando sonaron más disparos. Convencido ya de que aquello era una señal, Acosta apuró la marcha y pudo reunirse con Lucio. La luna acababa de ponerse.

EPÍLOGO

Marcos llegó con vida al fortín y fue colocado en el catre de Lucio, dándose inmediata intervención a Ña Cleta, que agotó en el herido toda la farmacopea pampeana, sin mayores resultados. A instancias del alférez, también Nicolai aportó su misteriosa poción, sin obtener tampoco mejoría alguna.

Por fin, dispuso Lucio que lo dejaran solo con el moribundo y, en un momento en que pareció recobrarse, inclinándose sobre él le dijo:

-Mi capitán, esto se acaba. Encomiéndose a Dios y repita conmigo un Avemaría. No hace falta que lo haga en voz alta.

Despaciosamente, en el silencio de aquel rancho que oficiaba de comandancia de un fortín perdido en la llanura, subió al cielo la invocación a María Santísima. Y, cuando Lucio decía *ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte*, Marcos exhaló su último suspiro.

Si bien nadie terminó de creerse que, realmente, Gutiérrez y Lucio se hubieran internado en el desierto para realizar una patrulla relativamente ociosa, tampoco nadie expresó sus dudas ni consideró oportuno formular preguntas. De modo que, después del entierro de Marcos, Lucio pudo redactar un parte donde daba cuenta de su fallecimiento, consignando allí: *muerto en acción*. Cosa que no dejaba de ser exacta.

El mismo soldado que escoltara a Marcos al llegar, partió de regreso, llevando la noticia de su muerte. Y, además, una solicitud de Lucio para ser recibido por Villegas días después.

Había comenzado el otoño de 1879. Una lluvia oportuna contribuyó a que refrescara, de manera que el galope de Lucio hasta Trenque Lauquen vino a resultar placentero. Dejó el caballo al cuidado de Manuel, por quien se hiciera acompañar, y se dirigió a la Comandancia. Villegas no estaba pero le dijeron que lo hallaría al día siguiente.

Marchó luego a lo de Aristegui, dispuesto a disfrutar de una buena cena. Y, mientras preparaban la misma, se puso a conversar con el vasco a fin de anoticiarse.

Supo así que era inminente la partida de la expedición del general Roca donde Villegas, efectivamente, se desempeñaría como Jefe de su Estado Mayor. Supo también que, si todo andaba bien, los expedicionarios confiaban en celebrar el 9 de Julio a orillas del Río Negro. Y, respecto al mismo tema, siguió informando Aristegui:

-No han de ser sólo militares los que marchen con Roca. Irán también misioneros y científicos. ¿Sabe una cosa? Hace unos días anduvo por acá uno de los fotógrafos que viajará en la expedición, Pozzo de nombre. Y me acordé de usted cuando lo vi.

-¿De mí?

-Sí, de usted. ¿Se acuerda del fotógrafo con el que estuvo discutiendo la otra vez?

-Cómo no me voy a acordar, si el hombre, a pesar de mis recomendaciones, se metió campo adentro sin escolta y lo mataron los indios. Fui yo el que lo encontré muerto.

-Bueno, resulta que sus cosas y la máquina que utilizaba quedaron depositadas en la Comandancia y Pozzo se enteró de eso. De curioso nomás pidió permiso para revelar las fotografías que había tomado su colega, entre ellas la última que sacó.

-¿Y qué mostró esa última placa?

-Mostró un indio viniendo a todo galope, con la lanza dirigida hacia el fotógrafo.

-Me alegro de que pidiera verme, alférez. Yo también quería decirle un par de cosas- dijo Villegas, mientras le indicaba a Lucio que se sentara.

-¿Qué es lo que quería decirme, mi coronel?

-En primer lugar que, después de buscarle la vuelta, salió el nombramiento del Ruso como Cabo Primero.

-Es una buena noticia y le quedo muy agradecido.

-Lo otro consiste en proponerle que se venga con nosotros en la expedición al Río Negro. Porque, como le adelanté, es muy posible que se donen a los expedicionarios fracciones de tierra. Y supongo que eso no le vendría nada mal.

-Nada mal, mi coronel. Pero da la casualidad de que uno de los pedidos que le traigo es que sea a Nicolai a quien lo agregue a la expedición, así se hace de unas hectáreas que, sumadas a su nuevo sueldo, le permitirán sosegarse y formar una familia como Dios manda.

-Conforme... ¿y qué más quería pedirme?

-Una licencia, mi coronel. Quiero bajar a la capital para solucionar un asunto personal muy importante.

-¿No será que también anda por formar familia?

-Algo de eso puede haber.

-Muy bien, mi amigo. Delo por hecho. Que tenga suerte y pueda dejar arreglado ese asunto.

Se instaló Lucio en la diligencia que lo llevaría hasta punta de rieles, para tomar allí el tren que lo conduciría a Buenos Aires. Pese a la incomodidad del vehículo, su viaje le resultaba enormemente placentero.

-¡Cómo han cambiado las cosas desde que llegué aquí, hace menos de dos años! —se dijo al momento de embarcar. -Traía el corazón roto y era un novato en

el servicio de las armas. Pienso que, ahora, Damasita corresponderá a mi amor y, además, ya no soy un recién llegado a las filas del Ejército Argentino.

Al día siguiente, en dirección opuesta, el general Roca, su Estado Mayor y el resto de los integrantes de la columna se ponían en marcha hacia el sur, para extender el dominio de la nación sobre su vasto territorio.

Esquina Chica, febrero del 2011